

LA GUERRA CANTÁBRICA: DE FICCIÓN HISTORIOGRÁFICA A REALIDAD ARQUEOLÓGICA

Enrique GUTIÉRREZ CUENCA
José Ángel HIERRO GÁRATE
Grupo Arqueológico ATTICA

1. INTRODUCCIÓN

Ha pasado ya un lustro desde que la investigación regional sobre un tema tantas veces tratado en la historiografía como son las llamadas Guerras Cántabras, asistiese escéptica a la publicación del descubrimiento de las primeras evidencias claras de ese acontecimiento histórico en los montes de Cantabria (Peralta Labrador y Ocejo Herrero, 1996; Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000). A lo largo de estas páginas se pretende realizar un análisis del impacto que ha supuesto la investigación arqueológica desarrollada en los últimos años, abriendo el camino a nuevas construcciones historiográficas que superen los discursos que se han acuñado hasta la actualidad a partir, únicamente, de las fuentes escritas y de la toponimia. Llegados a este punto de inflexión en la historia de la investigación, conviene recapitular sobre las pocas virtudes y los muchos defectos de la historiografía tradicional sobre las Guerras Cántabras, para que la investigación contemporánea y futura sea consciente de la cantidad de lugares comunes erróneos que se han ido acumulando durante más de dos siglos, desde la obra clásica del padre Flórez hasta los últimos coletazos de una tradición historiográfica abocada a la desaparición y refrendada en la última exposición *Cántabros. La génesis de un pueblo*. Esta tradición historiográfica, que ha ido configurando en las últimas décadas un “discurso oficial” virtualmente ficticio, ha condicionado el desarrollo de la investigación hasta tal punto que sólo la magnitud de las evidencias aportadas desde la práctica arqueológica, de gran trascendencia no sólo para el estudio de la Historia Antigua de Cantabria, en el ámbito regional y nacional, sino también para la investigación sobre el ejército de época augustea, en todo el ámbito europeo, ha permitido que ese discurso de deficiente construcción pueda ser superado en un momento en que se tenía a sí mismo por culmen de una investigación en la que no se podía progresar por las propias limitaciones de la documentación disponible. La aparente revolución que suponen los descubrimientos propiciados por el trabajo de campo choca frontalmente con una investigación como la tradicional esclerotizada y autoalimentada por sus propios mitos en la que, a pesar de encontrarnos en

los albores del S.XXI, la Arqueología sigue estando considerada desde un punto de vista “winckelmanniano”, a todas luces obsoleto. Arqueología e Historia son indisolubles, carece de sentido desligar los constructos por ellas producidos como si de dos perspectivas diferentes y, a veces, enfrentadas, se tratase.

Somos conscientes de que abordar un tema tan amplio en un número tan reducido de páginas tiene sus dificultades, entre otras la de que el trabajo resultante quede más en una enumeración de problemas que en un análisis profundo. Por ello, hemos limitado de manera consciente el objeto de estudio al relato y la geografía construidas por la historiografía tradicional sobre los acontecimientos de lo que el propio Floro (II, 33, 46) denomina *Bellum Cantabricum* o Guerra Cantábrica, desarrollada durante la estancia de Augusto en *Hispania*, fundamentalmente entre el 26 y el 25 a.C., y a las aportaciones de la investigación arqueológica que pueden arrojar luz sobre tales acontecimientos. Es este el verdadero momento de la conquista de *Cantabria* por parte del poderoso ejército romano. Las campañas posteriores, para sofocar rebeliones de diversa entidad, forman parte del complejo proceso de la romanización. También de manera consciente se ha circunscrito la revisión historiográfica a aquellas construcciones que han marcado de forma clara el desarrollo de la investigación posterior o que han introducido novedades reseñables y, de forma más amplia, a dos discursos que con dos décadas de diferencia se presentan prácticamente idénticos, representando una suerte de historiografía oficial que se ha conducido, consciente o inconscientemente, hacia un callejón sin salida. Una vez constatado el fracaso de la historiografía tradicional para responder tantas preguntas como quedan, sólo el nuevo enfoque que arranca de esos descubrimientos del año 1996 puede empezar a arrojar luz sobre un acontecimiento que, por muchas razones, ha marcado la Historia de Cantabria.

2. UN RÁPIDO RECORRIDO POR LA HISTORIOGRAFÍA

Desde los tiempos de las discusiones en torno al vascocantabriso, polémicas historiográficas que tuvieron lugar durante los siglos XVI, XVII y XVIII,

la localización de los escenarios de la Guerra Cantábrica ha despertado el interés de los investigadores, hasta tal punto que, prácticamente todos aquellos que se han acercado al tema, siquiera de forma tangencial, han formulado alguna teoría, teorías que, por otra parte, han supuesto algún tipo de modificación con respecto a las formuladas con anterioridad. No deja pues de extrañar que unos acontecimientos para los que disponemos de escasas y fragmentarias referencias en contadas obras de autores clásicos hayan dado lugar a tantas páginas en la historiografía, tanto nacional como internacional. Nuestra intención al plantear este artículo no es la de realizar un repaso historiográfico, un “estado de la cuestión” al uso, en el que se repasen todas y cada una de las propuestas interpretativas, ya que somos conscientes de que, con ese enfoque, sólo conseguiríamos contribuir exactamente a lograr el fin contrario al que pretendemos, es decir, la constatación de que todo ha sido dicho. No sólo no creemos que el tema esté agotado, aunque sin duda sí lo está el enfoque tradicional de acercamiento al problema, sino que la intención última de este trabajo es tratar de demostrar que la verdadera investigación del desarrollo del *Bellum Cantabricum* y la identificación de sus escenarios apenas ha dado los primeros pasos.

Tratar de superar ese estancamiento de la investigación, defendiendo un nuevo enfoque, a nuestro entender más adecuado a los fines que se persiguen, es por tanto, el objetivo de este trabajo.

Por ello, hemos creído conveniente prescindir de la exhaustividad a la hora de repasar los distintos trabajos sobre el tema, limitándonos, conscientemente, a señalar las características generales de aquellas formulaciones más relevantes y que han tenido un mayor peso en la historiografía posterior, especialmente en lo que se refiere a la identificación de los escenarios de la guerra. Nadie debe extrañarse si, en las siguientes líneas, no aparecen citados algunos autores, ya que los que sí que lo hacen son lo suficientemente representativos de las distintas aproximaciones al tema, pudiéndose afirmar, en la mayoría de los casos, que han “creado escuela”. Creemos obligada la referencia, en primer lugar, a la obra de Flórez, obra que, pese al tiempo transcurrido desde su publicación, aún sigue vigente en muchas de sus afirmaciones. El repaso continúa con las teorías clásicas de Syme y Schulten, auténticos creadores de “escuelas” historiográficas (Horrent, 1953), para finalizar con los acercamientos al tema de Rodríguez Colmenero, Solana Sáinz y Martino, de escasa trascendencia posterior pero lo suficientemente innovadores, en su momento, como para merecer su inclusión en esta síntesis.

En la segunda mitad del S.XVIII vio la luz la que habría de ser la argumentación definitiva acerca de la ubicación de la Cantabria prerromana, zanjando así siglos de disputas historiográficas alrededor del vascocantabrismo. Le cabe al padre Flórez (1768) el honor de haber herido de muerte a las tesis vascocantabristas, así como de haber sentado las bases de la

ubicación definitiva del territorio de la antigua *Cantabria*. Junto a estos sus méritos, y probablemente sin que llegase nunca ni tan siquiera a sospecharlo, las identificaciones que hizo de algunos de los lugares mencionados en las fuentes de la Guerra Cantábrica tomaron, con el tiempo, categoría de dogmas historiográficos y perviven hoy día en la producción histórica sobre la materia. El ejemplo más significativo tal vez sea el de la identificación Aradillos-*Aracillo*, con la siguiente argumentación: “y á una legua de Fontibre persevera el lugar que hoy llaman Aradillos, poco desfigurado de Aracillo, que tiene junto à sí un campo de tres leguas de largo, y una en ancho...”. Flórez realizó, además, un ensayo de identificación de otros lugares de la guerra en el que acepta la lectura *Vellica* como válida, ubicando esta plaza en las cercanías de Aguilar de Campoo y el *Vindio* en los montes inmediatos a Reinosa por el Norte, habiendo establecido previamente la identificación *Segisamon*-Sasamón. Como se verá a lo largo de este artículo, muchas de las identificaciones de Flórez siguen plenamente vigentes en nuestros días, pese a los más de dos siglos transcurridos desde su formulación. No deja de extrañar que una teoría como ésta, elaborada y argumentada en el siglo XVIII, haya tenido una pervivencia tan grande en el tiempo, sin haber sido sometida a una crítica mínimamente científica, alejada, en la medida de lo posible, de los siempre arriesgados razonamientos de base filológica.

La reconstrucción de la Guerra Cantábrica realizada por Syme (1976-77)¹ se caracteriza, principalmente, por su elaborada crítica a la información transmitida por las fuentes. Este aspecto, deseable hasta cierto punto, se convierte en el caso que nos ocupa en un condicionante negativo para el conocimiento de las localizaciones de la guerra y del desarrollo de ésta, ya que Syme adecua esa crítica textual a una serie de ideas preconcebidas de carácter principalmente estratégico, además de partir de un error de bulto: la identificación de las “*ulteriores Gallaeciae partes*” de Orosio (VI, 21, 6) con el territorio de los Galaicos y, por extensión, la localización del *mons Medullius* en territorio astur. Estas premisas equívocas hacen que este autor necesite alterar de forma sustancial el orden de la narración, separando el asedio del *mons Medullius* del *Bellum Cantabricum* e incluyendo a los Galaicos en la guerra. El orden de los acontecimientos en Cantabria, según Syme, sería el siguiente: en la primavera del año 26 a. C., tres columnas romanas atacan el territorio de los Cántabros, dirigiendo el propio augusto la que ascendería por la línea Pisuerga-Besaya y que es la única cuyo avance habría sido recogido en las fuentes; esta columna derrotaría en *Vellica* (Helechas) a los Cánta-

¹ El artículo original, en inglés, fue publicado en 1934 en el *American Journal of Philology*. Dada la dificultad que supone encontrar esta publicación en las bibliotecas españolas, la revista *Sautuola* recogió una poco afortunada traducción al castellano realizada por J.M. Iglesias Gil. Afortunadamente, los numerosos defectos de traducción apreciados no impiden una lectura coherente del texto.

bros, que se refugiarían en la fortaleza de *Aracillum* (Aradillos), donde resistirían hasta el final de la campaña; una flota habría desembarcado tropas y víveres en algún lugar indeterminado de la costa cántabra y sus refuerzos habrían ayudado a aniquilar la resistencia de los Cántabros refugiados en el *mons Vindius* (parte occidental de la Cordillera Cantábrica).

En la reconstrucción de la Guerra Cantábrica realizada por Schulten (1962) destaca su poca fidelidad a la hora de seguir el dictado de las fuentes clásicas, adaptando lo narrado por éstas y obviando parte de la información según se adecue a sus identificaciones de los escenarios de la contienda. Así, los acontecimientos que forman parte del *Bellum Cantabricum* de Floro (II, 33-47-53) y que son atribuidos por Orosio (VI, 21, 3-8) a los Cántabros son manipulados por el historiador alemán, que los reubica en *Asturia* y *Gallaecia*, dejando para *Cantabria* únicamente el episodio de la toma de *Aracillum*. Plantea Schulten un ataque romano en tres columnas, realizado de forma simultánea en el año 26 a. C. y complementado con un desembarco de tropas en la costa cantábrica. Las bases de estas tres columnas serían unos campamentos establecidos en Astorga (*Asturica Augusta*), los alrededores de Sasamón (*Segisama*) y Braga (*Bracara Augusta*), siendo sus objetivos militares *Bergida* (Castro de Ventosa, El Bierzo) y el *mons Vindius* (Sierras de Caurel y de Picos, al norte del anterior), *Aracillum* (Aradillos) y el *mons Medullius* (Monte San Julián, junto a Tuy), respectivamente. Schulten lleva al año 25 a. C. el frustrado ataque astur a los campamentos romanos y la toma de Lancia por P. Carisio, mencionando también las revueltas de los años 24, 22 y 19 a. C.

Frente a estas interpretaciones que hemos denominado “clásicas” emergen a partir de finales de la década de los setenta nuevas teorías que se muestran críticas con la producción historiográfica anterior y tienden a reubicar los escenarios de la guerra. Las figuras más destacadas de los nuevos enfoques son Rodríguez Colmenero, Solana Sáinz y Martino.

Las reconstrucciones de estos tres autores se caracterizan por establecer una nítida distinción entre los acontecimientos narrados por Floro y Orosio como parte de las campañas contra los Cántabros (II, 33, 47-53; VI, 21, 3-8) y aquellos otros correspondientes a la conquista del territorio de los Astures (II, 33, 54-60; VI, 21, 9-10). Además, son los primeros que circunscriben los hechos atribuidos por Floro, y corroborados por Orosio, al *Bellum Cantabricum* al territorio estrictamente cántabro. Las principales diferencias entre sus respectivas construcciones historiográficas estriban en lo que cada uno de ellos entiende como territorio cántabro en el momento de la guerra, en la identificación de los lugares citados en las fuentes y en la naturaleza de los argumentos aducidos.

La propuesta interpretativa y de reconstrucción de las guerras de Rodríguez Colmenero (1977) es, a nuestro entender y sin que por ello la conside-

remos más acertada que las demás, la más innovadora de cuantas se habían propuesto hasta la fecha. Este autor, pese a distinguir claramente los episodios de la lucha contra los Cántabros de los del *Bellum Asturicum* y de excluir de la contienda a los Galaicos, nunca citados por las fuentes, mantiene a grandes rasgos las identificaciones tradicionales, solventando la aparente contradicción mediante el planteamiento de una novedosa ubicación territorial de Cántabros, Astures y Galaicos². Para este autor, las identificaciones de los lugares de las guerras no difieren de las planteadas con anterioridad, excepción hecha del *mons Medullius*; así, Aradillos sería *Aracillum*, “algún punto geográfico del Bierzo actual” sería *Bergida*, “la Cordillera septentrional al mismo” el *Vindius* y algún punto del curso alto del Miño el *mons Medullius*. Su hipótesis de trabajo se completa con el establecimiento de unos nuevos límites territoriales para los Cántabros, quienes, en su opinión, se extenderían desde un punto indeterminado al este de Aradillos hasta el territorio al Norte de la desembocadura del Miño y desde el Mar Cantábrico hasta “la fosa del Bierzo”. Por otra parte, su explicación del desarrollo de las campañas bélicas, en lo que al *Bellum Cantabricum* se refiere, no difiere mucho de las planteadas por otros historiadores anteriores. Plantea un ataque simultáneo en tres columnas: una oriental, con base en *Segisama* (Sasamón) que pondría sitio a *Aracillum*; una occidental, que tendría como objetivo la vigilancia de los Astures, a quienes supone neutrales en los primeros momentos de la guerra; y otra central, que aplastaría a los Cántabros en *Bergida* y el *Vindius*. Estos acontecimientos tendrían lugar en el año 26 a. C., no concretándose la conquista de lo que entiende como “Cantabria occidental”, en la que se ubicaría el *mons Medullius*, hasta el año 22 a. C.

Por su parte, Solana Sáinz (1981) también hace una reconstrucción del *Bellum Cantabricum* bastante diferente a las tradicionales, circunscribiendo las operaciones militares, con la única excepción del asedio del *mons Medullius*, al territorio de los “Cántabros occidentales”³, quienes ocuparían únicamente “los rebordes montañosos de la submeseta septentrional”, es decir, el NW de la provincia de Palencia, el NE de la de León y el SW de la actual comunidad autónoma de Cantabria. Sus argumentos combinan la presencia de restos arqueológicos con el uso de la

² En opinión de este autor, por Cántabros y Astures debemos entender “pueblos-núcleo de la resistencia a Roma, es decir, que se trataría de etnias que aglutinarían, ya por el prestigio político-guerrero del más fuerte o por auténticos vínculos de vasallaje y sumisión, a numerosas etnias prehistóricas, de las que nos consta estaba poblado el NO.” (Rodríguez Colmenero, 1977: 44).

³ Para Solana Sáinz (1981: 23) los Cántabros eran un conjunto de pueblos indoeuropeos no célticos asentados en las zonas montañosas del Norte de la Península Ibérica. El posterior asentamiento de pueblos célticos (Autrigones, Caristios, Várdulos) en la misma zona provocó una división entre los Cántabros “orientales”, asentados junto a los Berones de La Rioja y parte de Álava, y los “occidentales” de las montañas “palentino-leonesas-santanderinas” (*ibidem*: 24).

toponimia, no estando exentos de cierta adecuación a esquemas preconcebidos. Este autor supone un despliegue romano en tres columnas, a partir de tres campamentos ubicados cerca de Sasamón, en la zona de Castreías, Pomar de Valdivia y Herrera de Pisuerga, y en Retortillo, respectivamente. Respecto a los lugares citados por las fuentes, las identificaciones de Solana Sáinz difieren de todas las planteadas con anterioridad, ya que sitúa *Bergida* en algún lugar al Sur de la Sierra de Corisa y Peña Labra, el *Vindius* en esos mismos montes y *Aracellium* en Naveda, Aradillos, Argacillo o Argüeso. El desembarco de tropas es situado por este autor en el *Portus Blendium*, que identifica con la zona de Tagle o Suances, y puesto en relación con la toma de *Aracellium*. Nada dice, sin embargo, del asedio del *mons Medullius*, ni siquiera cuando narra las posteriores rebeliones cántabras de los años 24, 22 y 19 a. C., por lo que suponemos lo atribuye al *Bellum Asturicum* o a los Galaicos.

Martino, en su obra *Roma contra Cántabros y Astures. Nueva lectura de las fuentes* (1982), plantea también una reconstrucción de los episodios del *Bellum Cantabricum* circunscrita únicamente al territorio de la antigua Cantabria. Para este autor, que trata de seguir fielmente lo narrado en las fuentes de la guerra, el avance romano en tres columnas contra los Cántabros habría partido de tres campamentos situados en las inmediaciones de la actual Sasamón. Estas tres columnas, que operarían de forma simultánea, se internarían en Cantabria siguiendo los cursos de los ríos Pisuerga, Valdavia-Carrión y Cea-Esla para alcanzar, respectivamente, la zona del nacimiento del Ebro y el alto Besaya, Liébana y los Picos de Europa. Respecto a la identificación de los escenarios de la guerra, Martino, siguiendo un razonamiento eminentemente filológico-toponímico, complementado con vagas referencias a restos arqueológicos, sitúa *Aracillum* en Aradillos, *Bergida* en la Peña del Castiello, en el leonés valle de Valberga, el *Mons Vindius* en los Picos de Europa y el *Mons Medullius* en Peña Sagra. Martino plantea dos zonas de desembarco de tropas romanas en la retaguardia cántabra: una en la costa oriental de la actual Asturias, entre Posada de Llanes y Nueva, en relación con el asedio al *Vindius*; y otra, en la actual Cantabria, entre Liencres y Puerto Calderón, como parte de la tenaza destinada a la toma de *Aracillum*.

Como puede observarse, los planteamientos de estos tres autores suponen un importante salto en la construcción historiográfica referida a las Guerras Cántabras, especialmente en los casos de Solana Sáinz y de Martino. La hipótesis de Rodríguez Colmenero, pese a sus elementos innovadores, básicamente limitados a la reubicación territorial de los Cántabros prerromanos, parece responder, en nuestra opinión, a un deseo de conciliar lo narrado en las fuentes con los dogmas establecidos por la historiografía tradicional, sin llevar a cabo una crítica científica de los postulados de ésta y dando por bueno el argumento *ex auctoritas* emanado de historiadores de

renombre como Syme. Con estos condicionantes, creemos que la construcción historiográfica de Rodríguez Colmenero no pasa de ser una aproximación altamente hipotética, y, por ello, sin una base científica lo suficientemente sólida, que no resiste una lectura mínimamente crítica. Sostener una nueva ubicación territorial de los Cántabros prerromanos con la única justificación del pasaje de Orosio (VI, 21, 7) acerca de la cercanía del *mons Medullius* al río *Minius* y de la identificación *Bergida*-El Bierzo nos parece no sólo cuestionable, sino carente de rigor. Distinto es el caso de Solana Sáinz, quien sí que trata de adecuar la narración de las fuentes a un escenario estrictamente cántabro, prescindiendo de dogmas y tratando de argumentar sus identificaciones con pruebas arqueológicas. Pese a todo, su idea de las “dos cantabrias”, *cismontana* y *transmontana*, y la localización de todos los acontecimientos bélicos en una pequeña extensión de terreno que equivaldría a esa *Cantabria* occidental cismontana y que sería la única habitada por los Cántabros, hacen que su planteamiento nazca, necesariamente, viciado, participando así de un inexplicable prejuicio de discriminación entre Cántabros étnicos y Cantabria administrativa romana muy en boga entre algunos historiadores durante la década de los ochenta⁴. Además, la justificación arqueológica de algunas de las identificaciones de Solana es bastante discutible, siendo, tal vez, el ejemplo más significativo el supuesto origen campamental de *Iuliobriga* (Solana Sáinz, 1981: 150-151). La obra de Martino, por su parte, participa de los aciertos de la de Solana, principalmente la ubicación de los acontecimientos del *Bellum Cantabricum* en territorio cántabro, y también de sus defectos: abuso del argumento toponímico y falta de rigor filológico, e identificaciones arqueológicas más que cuestionables, entre las que destacan las continuas referencias a supuestos silos de almacenamiento del ejército romano en marcha, que el autor

⁴ Este planteamiento, cuyo mayor exponente, al margen del citado Solana Sáinz, sería Van den Eynde Ceruti (1985), respondía al convencimiento de que los auténticos Cántabros, contra los que luchó Roma, habitaban únicamente las cabeceras de los ríos Ebro, Besaya y Pisuerga (Norte de Burgos y Palencia y Sur de la actual Cantabria). La supuesta concentración de los yacimientos conocidos en aquel momento casi exclusivamente en esas zonas, acompañada de una lectura sesgada de las fuentes clásicas, sirvió para sostener esa teoría, no exenta de cierto componente político; así, la supuesta certeza de la ubicación de los Cántabros de la Edad del Hierro en una zona marginal de la actual comunidad autónoma de Cantabria y la ubicación de sus principales asentamientos en la comunidad autónoma de Castilla-León deslegitimaba tanto la autonomía uniprovincial como el cambio de nombre de la antigua provincia de Santander. Hoy en día, el reconocimiento de yacimientos conocidos de antiguo e injustamente olvidados así como la localización de otros hasta hace poco desconocidos en la vertiente litoral de la actual Cantabria han echado por tierra los postulados de aquella teoría que nunca tuvo una base científica firme pero que, increíblemente, mantuvo un gran predicamento en la historiografía regional, hasta tal punto que llegó incluso a sostenerse la existencia de “dos cantabrias”, una “cismontana meridional” donde habitarían los “cántabros propiamente dichos” y otra “transmontana septentrional” cuyo territorio, prácticamente deshabitado durante la Edad del Hierro según esta hipótesis, es calificado de “semiselvático” (Iglesias Gil, 1991: 47-48).

describe como “hoyos excavados en tierra, que forman conjuntos las más de las veces” (Martino, 1982: 73). En conclusión, podemos afirmar que, tanto Solana Sáinz como Martino tienen el honor de haber sido los primeros en proponer un escenario de la contienda que se adecua a lo relatado en las fuentes, aún siendo obvio que ambos autores discrepan tanto en la ubicación exacta de los lugares de la guerra, excepción hecha de la situación, aproximada en el caso del primero y precisa en el del segundo, del *oppidum* de *Aracellum* y de la presencia de al menos un campamento legionario en los alrededores de Sasamón, como en los puntos de partida y recorridos de las tres columnas romanas. En su contra es obligado citar, aún a riesgo de repetírnos, el escaso respaldo arqueológico de sus afirmaciones, ya que ninguno de los dos presenta evidencias arqueológicas claras de restos campamentales romanos de época augústea. Son significativos a este respecto los “fosos” de asedio romanos que cita Martino alrededor del supuesto castro de Aradillos (Martino, 1982: 97) o de Peña Sagra (*ibidem*: 118), fosos que, a tenor de la documentación gráfica que los acompaña, se asemejan más a pistas o caminos que a atrincheramientos romanos de campaña. De carácter totalmente diferente es la alusión de Solana a los restos de un establecimiento campamental romano en la zona de Pomar de Valdivia y Revilla de Pomar, al NE de Palencia (Solana Sáinz, 1981: 142), noticia que recoge de sendos artículos publicados en los diarios *Alerta* y *Diario Palentino* en 1980, y que pone en relación con la *Legio IX Hispana* merced a la lápida funeraria de un legionario perteneciente a ese cuerpo hallada en la cercana población de Castrecías (Solana Sáinz, 1999: 321-322). Pese a que Solana Sáinz, quien probablemente se limita a recoger la mención periodística porque se aviene bien a sus planteamientos y ni siquiera ha comprobado *in situ* la veracidad de la información, no aporta descripción alguna del supuesto campamento ni, por supuesto, información gráfica, parece que acierta de pleno al menos en parte de su aseveración: en la zona referida existen los restos de un campamento romano de campaña, de probable cronología augústea, que está siendo objeto de intervenciones arqueológicas en la actualidad (Peralta Labrador, 2000: 280-282, 2001b: 175-177 y en prensa). Su atribución a la *Legio IX Hispana* es, de momento, más que discutible, ya que la referida inscripción funeraria rebasa con creces el marco cronológico de las campañas de Augusto y sus generales en *Cantabria*.

Pese a la relativa novedad de sus interpretaciones y planteamientos y pese a su mayor y más rigurosa adecuación a lo narrado por las fuentes, tal vez por el peso de la tradición y de la autoridad, tal vez por desconocimiento, lo cierto es que las reconstrucciones de la Guerra Cantábrica llevadas a cabo por Solana Sáinz y por Martino no han encontrado suficiente eco en la historiografía posterior, especialmente en la oficial, que ha preferido mantener las

interpretaciones que hemos llamado “tradicionales”, especialmente la de Syme.

3. LA CONSOLIDACIÓN DE UNA FICCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Al margen del aparente debate científico que constituye el desarrollo historiográfico fundamentalmente a finales de la década de los setenta y a partir de los años ochenta, se va a proceder a la elaboración de un discurso “oficial” que va a permanecer prácticamente inmóvil durante veinte años.

Este discurso oficial se va a perfilar en la exposición *Cántabros, Astures y Galaicos* de 1981 y va a quedar asumido en su práctica totalidad por la exposición *Cántabros. La génesis de un pueblo* celebrada en 1999. Estas exposiciones han estado acompañadas de sendas publicaciones en las que se consolida una ficción historiográfica en la reconstrucción de los acontecimientos de las denominadas Guerras Cantábricas. Ponemos especial interés en el análisis de estos dos discursos porque consideramos que pueden ser tenidos por discursos oficiales, con todo lo que ello conlleva, y porque creemos que son representativos de la forma de hacer historia sobre las Guerras Cantábricas que se ha empleado hasta la actualidad, con sus limitadas virtudes y sus abundantes defectos. Asimismo, consideramos que la fijación de un discurso historiográfico condiciona la evolución de la investigación sobre el tema.

El relato del *Bellum Cantabricum* propuesto por *Cántabros, Astures y Galaicos* (VV.AA., 1981: 43) dice que los episodios narrados por Floro y Orosio describen la campaña de Augusto y Antistio en el invierno del 27 al 26 a.C. A partir del establecimiento del campo de operaciones en *Segisamo* (Sasamón) se realiza un triple ataque con tres legiones. La principal ruta de las tropas romanas es la ruta del Pisuerga. En su avance los romanos encontrarían su primera oposición y resistencia en *Vellica* (Monte Cildá), donde obtienen su primera victoria contra los cántabros. El avance proseguiría en dirección Norte, por Valdeolea, hacia el paso de Reinosa, “persiguiendo a los cántabros en su retirada”. Según este relato, los cántabros se habrían refugiado en *Aracillum* (Aradillos) y en el *mons Vindius* (Pico Tresmares, Peña Labra o Picos de Europa). El episodio final del *Bellum Cantabricum* estaría relacionado con el desembarco de la flota de Aquitania en el *Portus Blendium* o el *Portus Victoriae Iuliobrigensium*, que “pudo sorprender a los cántabros por la retaguardia en el asedio de la fortaleza de *Aracillum*, lo que supuso la victoria romana y el final del *Bellum Cantabricum*”.

Al margen del error cronológico que supone situar la Guerra Cantábrica en los años 27-26 a.C. cuando en realidad tiene lugar, según los textos clásicos, entre 26 y 25 a.C., podemos apreciar en este relato al menos dos notas significativas que ponen de evidencia la libre interpretación de las fuentes escritas que es común tanto a este discurso como a otras re-

construcciones de los acontecimientos realizadas por otros investigadores. Por un lado, se ha procedido a la utilización de una versión de un topónimo citado por Floro (II, 33, 49) y Orosio (VI, 21, 5) en los mejores códices como *Bergida* o *Attica*, hipercorregido a partir de otras fuentes, tanto escritas como epigráficas, sustituyéndose el topónimo original por el de *Vellica* citado por Ptolomeo y equiparado al *Villegia* del discutido “itinerario de barro”⁵, como un topónimo diferente. La duplicación del topónimo *Bergida-Vellica* permite, además, colocar un supuesto avance hacia el Bierzo, una de las propuestas de identificación del topónimo recogido por Floro, en el relato del *Bellum Asturicum*. Por otro lado, y apoyándose en las sempiternas elucubraciones toponímicas que se transmiten de un autor a otro con la facilidad que permite una falta absoluta de espíritu crítico a la hora de recoger las propuestas de identificación entre la toponimia antigua y la moderna que se han sucedido durante la historia de la investigación, se ha procedido al traslado al escenario del *Bellum Asturicum* de un episodio que los autores clásicos sitúan con claridad en el *Bellum Cantabricum*. Es el siempre polémico episodio del *mons Medullius*. Este episodio, según el relato consensuado en *Cántabros, astures y galaicos* (VV.AA., 1981: 43), supone el “desenlace trágico de los astures”, que son asediados en el *mons Medullius*, lugar ubicado en la confluencia de los ríos Cabrera y Sil. Esta victoria permitiría, yendo más allá, la “conquista efectiva de *Gallaecia* y *Asturia*, con la intervención muy probable de la flota”. Esta reconstrucción de los acontecimientos, que se puede calificar sin ningún rubor de ficticia desde el momento en que sólo se apoya en las fuentes históricas de un modo superficial y permite construir un relato en el que la voluntad o la imaginación del historiador está por encima del documento que utiliza para hacer historia, va acompañada de o se desarrolla en una geografía también ficticia que tiene su plasmación gráfica en un mapa que aparentemente no ha perdido vigencia en los últimos veinte años (fig. 1). Tanto es así que el mismo mapa ha sido utilizado en la publicación que analizaremos a continuación (Teja, 1999: 144) y en otras publicaciones también recientes como el *Atlas Histórico de Cantabria* (Fernández García *et alii*, 1999), a pesar de las puntuales variaciones que se introducen en el discurso. Además de las críticas que se pueden realizar sobre la exactitud o, al menos, verosimilitud de la geografía del *Bellum Cantabricum* que en él se representa, en lo referido a la ubicación de los topónimos citados en las fuentes romanas, no

podemos pasar por alto la apreciación realizada recientemente por algún historiador poniendo de manifiesto el hecho de que la operación militar marítima que se representa carece de verosimilitud y es totalmente descabellada para época romana, especialmente si se pretende que haya sido simultánea y coordinada.

La propuesta de reconstrucción del *Bellum Cantabricum* que se realiza en *Cántabros. La génesis de un pueblo* (Teja, 1999: 127-155) utiliza, como sucedía en el caso anterior, el relato de Floro y Orosio para describir los acontecimientos que enmarca entre el 26 y el 25 a.C. y a los que denomina “Primera Guerra o Guerra de Augusto”, en oposición a la “Segunda Guerra o Guerra de Agripa”, que se emplaza cronológicamente en el 19 a.C. Las tropas, compuestas por las legiones *I Augusta*, *II Augusta* y *IV Macedónica*, se habrían establecido en Segisama (Sasamón), bajo el mando de Augusto y Antistio. La penetración hacia el norte se habría realizado en tres columnas, “aunque las fuentes sólo nos han dejado recuerdo de la ruta y de las operaciones de una de estas columnas”. El ataque romano fue posible gracias a una operación combinada terrestre y marítima, con la colaboración de la flota de Aquitania. La penetración de la “columna principal” seguiría el paso natural del Pisuerga y el Camesa hasta la zona de alto Campóo y la cabecera del Besaya. El avance permitiría el asalto de la “última plaza fuerte de los cántabros”, *Aracillum* y la ulterior retirada de los cántabros al *mons Vindius* (Peña Ubiña o Picos de Europa), donde son sitiados y, finalmente, vencidos por los romanos.

La reconstrucción que se realiza del *Bellum Cantabricum* es bastante esquemática y poco fiel a las fuentes escritas. La nota más significativa es el desplazamiento de episodios por Floro (II, 33, 47-53) y Orosio (VI, 21, 3-8) bajo el epígrafe de *Bellum Cantabricum* al descrito bajo el epígrafe de *Bellum Asturicum*, como sucedía en el caso anterior. Sólo un respeto al argumento *ex auctoritas*, criticable en la investigación histórica actual, manifestado a través de la supeditación del relato de las fuentes escritas a las elucubraciones toponímicas contemporáneas puede explicar este fenómeno de elipsis y desplazamiento de acontecimientos a conveniencia del historiador. De nuevo *Bergida* es emplazado en territorio de *Asturia*, poniéndose de manifiesto que de este topónimo “deriva seguramente la región de El Bierzo” (Teja, 1999: 144) sin más justificación aparente que una débil proximidad fonética entre ambos nombres. Y el episodio del *mons Medullius*, argumentando la debatida localización de Orosio, que lo emplaza junto al río Miño, es llevado a un supuesto “escenario occidental” y es calificado de “plaza fuerte”, en una aparente deriva semántica del concepto que en un principio parece aplicarse sólo a lo que en las fuentes se denomina castro o ciudad y termina por definir cualquier episodio. Y no menos importante que el desplazamiento de escenarios que se realiza en esta interpreta-

⁵ La autenticidad de la Tabla I del llamado “itinerario de barro” de Astorga conservado en el Museo de Oviedo, en la que aparecen, además del topónimo *Villegia*, los de *Rhama*, *Amaia*, *Legio I[III]*, *O[c]tav[i]j[olca]*, *Iuliobriga*, *Aracillum* y *Portus Blendium*, y de las Tablas III y IV, ha sido puesta en tela de juicio a partir del análisis paleográfico y de coherencia interna y comparación con otras fuentes del contenido del documento por un estudio de Roldán Hervás (1972-73). Consideramos que esta hipótesis no ha recibido la atención que merece por parte de los investigadores posteriores.

ción es la alteración del orden de los acontecimientos. El episodio del *mons Vindius*, descrito por Floro (II, 33, 49) y Orosio (VI, 21, 5) inmediatamente antes del de *Aracellum*, no parece encajar en la preconcepción de la sucesión de los acontecimientos que tiene el autor y es colocado al final de la campaña del *Bellum Cantabricum* sin justificación alguna.

Llama la atención en esta propuesta la personalización de los episodios bélicos y la diferenciación entre una “Primera” y una “Segunda Guerra”, al estilo de la historiografía bélica contemporánea. A parte de los comentarios que esta compartimentación pueda merecer, la participación de Augusto en la campaña debió ser bastante anecdótica, llevando el peso de las operaciones Antístio a partir del 25 a.C., que es el que tiene cierta experiencia en las guerras de montaña (Schulten 1962; Syme, 1976-77; Peralta Labrador, 2000). No obstante, ese esfuerzo historiográfico de compartimentación ha sido desaprovechado, ya que a partir de ese esquema se podría haber progresado más en la construcción de una hipótesis que nos parece bastante verosímil: la posibilidad de establecer en los episodios generalmente englobados con el calificativo de Guerras Cántabras y enmarcados cronológicamente en el periodo 26-19 a.C. una diferenciación entre una primera guerra de conquista, que derivaría en una anexión nominal o efectiva del territorio de *Cantabria* al Imperio Romano, y unas guerras de pacificación, para sofocar revueltas, una vez anexionado el territorio dentro del complejo proceso de la romanización. Con frecuencia se engloban en un mismo modelo acontecimientos que tienen un carácter, aunque pueda parecer sólo de matiz, sustancialmente diferente. Con respecto de la plasmación geográfica de los acontecimientos, como ya hemos adelantado, no se produce ninguna innovación. El mapa que acompaña al texto es el mismo que aparece en *Cántabros, astures y galaicos* (ver fig. 1). El hecho de que algunos acontecimientos varíen en el discurso o incluso desaparezcan de él, como el episodio de *Vellica* al inicio del *Bellum Cantabricum*, parece que no obliga a reformar las concepciones geográficas preestablecidas.

A pesar de la existencia de sutiles diferencias, podemos afirmar que ambas formulaciones participan de un discurso historiográfico idéntico. A pesar de que el relato de acontecimientos experimente leves variaciones, el hecho de compartir la plasmación geográfica de esos acontecimientos es un dato sintomático. Ambos textos coinciden en los suficientes puntos como para ser tomados como uno sólo en su planteamiento. Así, en ambos se señala una única vía de entrada de tropas romanas en *Cantabria*, empleando la misma ruta en su progresión hacia el norte, a través del valle del Pisuerga, por Valdeolea y hacia Campóo para enlazar, aparentemente, con el valle del Besaya. El uso de esta vía de penetración está únicamente justificado por la toponimia: la identificación de los topónimos romanos de *Segisama-Segisamo*, *Vellica* y *Aracillum* con Sasamón, Monte

Cildá y Aradillos, respectivamente, permiten reconstruir el recorrido de las tropas romanas en la conquista de *Cantabria*. También es coincidente en ambos discursos el desplazamiento de escenarios del *Bellum Cantabricum* al *Bellum Asturicum*. *Bergida* y el *mons Medullius* son trasladados de la ubicación en *Cantabria* que les otorga Floro (II, 33, 49-50), dándose excesivo valor al testimonio de Orosio (VI, 21, 7) en el caso del *mons Medullius*. La ubicación del *mons Medullius* es, como señala González Echegaray (1997: 141-142) el principal elemento distorsionador en la reconstrucción de los acontecimientos narrados por las fuentes clásicas, ya que ha obligado a forzar los textos y ha sido clave del debate historiográfico. Sería pretencioso pretender resolver en este reducido espacio una cuestión que tanta tinta ha hecho verter a los más insignes estudiosos de la materia desde los tiempos de Flórez. No obstante, nos resulta difícil de admitir su ubicación occidental, ya sea en León o en Galicia, aunque sólo sea por respetar lo expresado por las fuentes clásicas: si se distingue un *Bellum Cantabricum* y un *Bellum Asturicum* y el episodio del *mons Medullius* se incluye en el primero, a pesar de la anotación geográfica de Orosio, debemos pensar que necesariamente ese lugar estaba en *Cantabria*. Para resolver la incógnita planteada por el texto de Orosio se puede recurrir a las alternativas propuestas en la literatura, como la sospecha del actualismo geográfico de este autor latino planteada por Canal Sánchez-Pagín (1981: 109) o a la creencia de que el río al que se refiere no es el río Miño actual, sino que es otro río de similar nombre emplazado en *Cantabria*, como pretende Martino (1982: 112-114) o sugiere Sendino (1989), o a cualquier otra hipótesis que se desee plantear o, simplemente, admitir que por el momento no se disponen de los datos suficientes como para zanjar la cuestión.

En lo que se refiere a *Vellica-Bergida* el error consciente que se comete en ambas narraciones llama significativamente la atención: en el caso de *Cántabros, astures y galaicos*, una duplicación de topónimos derivada de una hipercorrección de los textos clásicos, y, en el caso de *Cántabros. La génesis de un pueblo*, la omisión de un acontecimiento para evitar caer en el error de la formulación anterior. La duplicación de topónimos que se realiza en *Cántabros, astures y galaicos* es un ejemplo claro de las manipulaciones conscientes de las fuentes escritas que caracteriza a un buen número de las reconstrucciones del *Bellum Cantabricum* elaboradas por diferentes autores. En este caso, se emplean dos de las diferentes formas del topónimo que las mejores versiones del texto de Floro (II, 33, 49) recogen como *Bergida* y que presenta una gran variabilidad en diferentes códices tanto de Floro como de Orosio -*Bergida*, *Belgica*, *Attica*- y que algunos editores corrigen como *Vellica* a partir de diferentes fuentes, como ya se ha comentado con anterioridad, para nombrar dos episodios diferentes que en desarrollo son idénticos, pero que se sitúan en enclaves actuales distintos y que se

atribuyen uno al *Bellum Cantabricum* y otro al *Asturicum*. Este fenómeno tiene difícil explicación más allá de la voluntad de elaborar una reconstrucción de acontecimientos en la que prima la *auctoritas* de la historiografía precedente sobre la lectura crítica de las fuentes.

Otro elemento diagnóstico de los discursos analizados es la ausencia de mención a la discusión cronológica sobre el desarrollo de los acontecimientos narrados por Floro y Orosio, establecida a partir de las aparentes incongruencias de los textos y de su cotejo con el relato de Dión Casio. Evitando u obviando esta discusión, se considera que los hechos narrados por Floro y Orosio tienen su desarrollo entre el 27 y 26 a.C., según *Cántabros, astures y galaicos* (VV.AA, 1981: 43) y entre 26 y 25 a.C. según Teja (1999) y que los textos de Dión Casio (LIII, 25, 2-7, LIII, 29, LIV, 5, 1 y LIV, 11, 1-6) relatan acontecimientos posteriores, preferentemente relacionados con la presencia de Agripa en el 19 a.C. al frente de las tropas en territorio cántabro y las intervenciones anteriores de Furnio en el 22 a.C. Algunos autores, sin embargo, consideran (Rodríguez Colmenero, 1977; Martino, 1982; González Echegaray, 1997; Peralta Labrador, 2000) que el episodio del *mons Medullius* debe situarse en el año 22 a.C., ya que su descripción guarda gran similitud con la ofrecida por Dión Casio (LIV, 5, 1) para acontecimientos que éste sitúa en ese año, correspondiendo el resto del relato de Floro y Orosio a la campaña del 26-25 a.C. Intentar dar una solución a esta divergencia de opiniones, crucial en el establecimiento de un esquema de desarrollo de los acontecimientos y de un esquema cronológico es una cuestión especialmente espinosa y de más difícil resolución, si cabe, que la de la ubicación del *mons Medullius* “*Minio flumini imminentem*” (Orosio, VI, 21, 7). No obstante, sin entrar en un análisis pormenorizado, conviene recordar que el problema cronológico en relación con el texto de Floro y Orosio no sólo atañe a esta cuestión, sino que alcanza una dimensión mayor con una lectura atenta de los textos. La superficialidad de análisis de los documentos achacable a muchas de las construcciones historiográficas es especialmente criticable desde el momento en que se pasan por alto dos detalles fundamentales que pueden invalidar prácticamente todas las reconstrucciones de las Guerras Cántabras hechas hasta la actualidad y que ponen en una situación precaria a nuevas interpretaciones. El hecho de que el relato de una o dos campañas que hacen Floro y Orosio deba necesariamente interpretarse como la narración de todos los episodios militares acaecidos entre la llegada de Augusto en el 26 a.C. y el sometimiento de Agripa en el 19 a.C., si atendemos a la aparición de todos los personajes en el relato - Augusto, Antístio, Furnio, Agripa- del *Bellum Cantabricum*, además de invalidar buena parte de las interpretaciones elaboradas hasta el momento, supone un escollo prácticamente insalvable para la reconstrucción de los acontecimientos a partir de las fuentes

escritas. Y este, lejos de ser un problema menor, debería ser el eje de la crítica documental y de una lectura que puede conducir inevitablemente al pesimismo.

Hemos dejado para el final un elemento que también es común a las dos reconstrucciones de los acontecimientos y que, en general, y salvo raras excepciones, se repite en toda la historia de la investigación, que es la no recurrencia a las fuentes arqueológicas para la elaboración histórica. La identificación de los escenarios del *Bellum Cantabricum* se hace a partir de la toponimia, pero de un estudio toponímico en el que ni siquiera está presente el conocimiento del terreno. Ya Horrent (1953) ponía de manifiesto este desconocimiento del terreno cuando criticaba los estudios de Magie y de Syme y, afortunadamente, los nuevos enfoques le dan una importancia capital al trabajo de campo.

No conviene olvidar que ambos textos, catálogos de sendas exposiciones, son de divulgación o de “alta divulgación” y esto hace que pierdan muchos elementos propios de la literatura científica, como el debate crítico. Pero no conviene olvidar, tampoco, que la divulgación es una suerte de prolongación de la historiografía científica y como tal recoge los avances de la investigación quizá compendiados y simplificados pero, en ningún caso, se puede desvincular de ellos. Y tratándose de un tema tan complejo como el que nos ocupa, siempre se puede optar por la solución planteada por Van den Eynde en su síntesis sobre las Guerras Cántabras para la *Historia de Cantabria* dirigida por García Guinea, en la que se renuncia a la elección de una interpretación de las que ha generado la historiografía a lo largo de los años preferentemente frente a las demás, considerando que ello supone escribir “una historia más arbitraria de lo admisible” (1985: 226), y recogiendo las diferentes teorías elaboradas por los investigadores desde 1920 hasta 1982.

A la vista de la similitud de los discursos aquí presentados sólo podemos obtener una conclusión: que la investigación sobre el particular no ha avanzado nada en los últimos veinte años.

La construcción historiográfica consolidada entre las exposiciones de 1981 y 1999 es, en realidad, una ficción consensuada en la que se aprecia una acumulación de errores de diversa naturaleza impropios en la elaboración del discurso histórico. La falta de crítica genera una falsa sensación de paradigma final que, por oficializado, limita la emergencia de nuevas líneas de investigación. Se pretende hacer creer que ese discurso, fosilizado en el tiempo, construido a partir de una manera de hacer historia supuestamente científica, no se puede superar porque las fuentes están agotadas. Habría que preguntarse por qué se busca dar por conocido un tema en el que aún quedan muchas cuestiones por resolver o, mejor aún, por qué se construye y consolida una ficción historiográfica que poco tiene de creación original y que hereda demasiados defectos de los peor enfocados planteamientos anteriores. Y esta ficción consen-

suada es el resultado de la elección de una de las interpretaciones clásicas en detrimento de las demás, justamente al contrario de lo que parece recomendable, como señalábamos antes, en una síntesis sobre cualquier hecho histórico y, especialmente, cuando se trata de uno tan debatido como el que nos ocupa. La interpretación elegida en el discurso oficial es la de Syme (1976-77), cuyo argumento central es el efecto perturbador de la presencia de Augusto en el escenario de la Guerra Cantábrica, perturbación que afectaría especialmente a la construcción del relato original de Tito Livio y, por extensión, de los epitomistas Floro y Orosio. A partir de esta idea, pone en tela de juicio la corrección en el orden de los acontecimientos recogidos por las fuentes escritas y amolda los textos de Floro y Orosio a lo que él considera una concatenación correcta de los acontecimientos, eso sí, dando especial credibilidad al testimonio de Orosio sobre la ubicación del *mons Medullius*. En Syme están presentes la mayoría de los elementos que se observan en las reconstrucciones propuestas para *Cántabros, astures y galaicos* y *Cántabros. La génesis de un pueblo*: el aserto de que el *Bellum Cantabricum* de Floro sólo recoge los acontecimientos del 26 a.C., la idea de que las fuentes escritas describen únicamente las operaciones de la columna central del ejército romano, la que progresa hacia el norte por el valle del Pisuerga hacia el paso de Reinosa, el desplazamiento cronológico del episodio del *mons Vindius* con respecto de la resistencia de *Aracelium*, etc. Y, al margen de los detalles equiparables de la reconstrucción, lo que es más importante, en la construcción de este discurso historiográfico subyace una facilidad equiparable a la de Syme para amoldar los textos clásicos a una narración preconcebida, que si bien en este autor está perfectamente justificada -lo que no quiere decir que sea justificable- a partir de su hipótesis, en las narraciones posteriores de asume de un modo bastante acrítico.

El discurso historiográfico ha sido hábilmente convertido en *status quo* de la investigación sobre la Guerra Cantábrica hasta el punto de ser considerado, como se puede constatar en algún trabajo reciente (Fernández Ochoa y Morillo Cerdán, 1999: 33), la “tendencia actual” de interpretación.

4. EL FRACASO DE LOS ACERCAMIENTOS TRADICIONALES

Como es sabido, los testimonios escritos acerca del desarrollo de las campañas militares de época augustea en el Norte de la Península Ibérica son escasos y fragmentarios, limitándose, si exceptuamos citas aisladas y anécdotas varias recogidas en la *Anthologia Palatina*, Suetonio, Horacio o Veleo Patriculo, a referencias en las obras de Floro, Dion Casio y Orosio (González Echeagaray, 1999). Esta parquedad en los testimonios escritos ha sido empleada como justificación, más o menos encubierta, de la supuesta imposibilidad de realizar una reconstrucción

integral de las campañas romanas en Cantabria, habiendo dado lugar a un sinfín de interpretaciones de las fuentes en las que las múltiples lagunas se han solventado con un uso excesivo de la crítica textual que, en alguno de los casos, ha rayado en la hipercorrección intencionada y dirigida a adecuar el discurso histórico a una serie de planteamientos apriorísticos sin demasiada base científica. Si bien es cierto que la crítica textual es necesaria para la correcta interpretación de lo narrado en las fuentes, no lo es menos que el abuso en este sentido está irremisiblemente destinado a crear una reconstrucción histórica totalmente viciada en la que, debido a este error de partida, el resultado no será otro que un discurso plenamente adecuado y coincidente con aquél del que se parte, que en el caso de los cántabros de la Edad del Hierro no es otro que el que, hasta no hace mucho, los presentaba con unas características tan particulares como alejadas de la realidad arqueológica (*vid.* nota 3). Esta utilización abusiva de las fuentes por parte de aquellos autores que han realizado intentos de reconstrucción histórica de la Guerra Cantábrica y de las posteriores rebeliones cántabras se ha caracterizado por ocasionales perversiones de lo narrado, ofreciendo como resultado una serie de alteraciones, de mayor o menor calado, que han lastrado el discurso histórico resultante.

Dentro de lo que podemos denominar como “perversión” de las fuentes escritas, nos encontramos, en primer lugar, con algunas alteraciones de lo narrado por los autores clásicos. Así, por ejemplo, alteraciones del orden que siguen los acontecimientos, dentro de las que podemos distinguir dos categorías: las alteraciones cronológicas y las alteraciones temáticas. Las primeras encuentran su principal expresión a la hora de situar dentro del discurso histórico el desembarco romano en las costas del territorio cántabro; la mayoría de los autores conectan este desembarco con el asedio y posterior toma del *oppidum* de *Aracelium*, recreando una operación en tenaza que, pudiendo ser posible, no aparece mencionada en las fuentes, al menos en relación con ese episodio bélico concreto, en ningún momento. Es más, si seguimos el orden de las narraciones de Floro (II, 33, 49) y Orosio (VI, 21, 4), este desembarco tiene lugar antes de la primera batalla que nos es relatada, aquella que tiene lugar a los pies de las murallas de *Bergida*. Tenemos aquí un ejemplo perfecto de cómo la narración se ha adecuado a determinadas concepciones estratégicas y de oportunidad actuales, infiriendo con más que dudosos argumentos unos hechos cuya verosimilitud ni siquiera nos es insinuada. El tema del desembarco tiene una importancia capital en el desarrollo de la guerra, pero, extrañamente y con pocas excepciones, ha sido permanentemente relegado a un segundo plano. La importancia de esta ubicación cronológica del desembarco romano en la costa cántabra debe ser puesta en conexión, además, con un hecho del que parece sólo se dio cuenta Martino (1982): la posible relación causa-efecto entre el desembarco y la prime-

ra y única batalla en campo abierto en territorio cántabro; el pasaje de Orosio (VI, 21, 4) parece claro al respecto cuando afirma “*diu fatigato frustra atque in periculum saepe deducto exercitu tandem ab Aquitanico sinu per Oceanum incautis hostibus admoveri classem atque exponi copias iubet. tunc demum Cantabri sub moenibus Atticae maximo congressi bello*”⁶. No hace falta decir que, con la única excepción ya mencionada de Martino, el resto de los autores que han abordado el tema han pasado por alto esta interesante interpretación que alteraría sustancialmente la reconstrucción “oficial” de la campaña.

Dentro de lo que hemos calificado como alteraciones temáticas, la única, aunque de una importancia capital, ha sido la atribución totalmente arbitraria de hechos pertenecientes al *Bellum Cantabrum* a los astures e, incluso, a los galaicos. Huelga decir que, si realizamos una lectura imparcial y desapasionada de las fuentes, episodios como el de *Bergida* o el *mons Medullius* son atribuidos claramente a los cántabros por Floro (II, 33, 47-53) y Orosio (VI, 21, 1-8); ¿dónde radica entonces el motivo de la confusión? Una vez más, los apriorismos y una utilización a la ligera de los argumentos toponímicos nos dan las claves de un error que se mantiene casi imperturbable en la producción científica actual. En perfecta conexión con esta atribución caprichosa de los acontecimientos nos encontramos con otra alteración que ha dejado una huella muy profunda en la historiografía sobre el tema: la corrección *Bergida-Vellica*, a despecho de las versiones que ofrecen los códices más fiables, de la que hemos hablado con anterioridad, y que ha dado lugar a situaciones que serían hilarantes si no se tratase de un tema tan serio como es la producción historiográfica; sirva como ejemplo el sorprendente e injustificado desdoblamiento de un hecho narrado en las fuentes, la batalla de *Bergida*, en dos: una batalla en el *Bergidum* astur y otra en la *Vellica* cántabra (ver fig. 1). Esta corrección responde únicamente a la búsqueda de una ubicación estrictamente cántabra del topónimo y obliga a dar por ciertas dos cuestiones de suma importancia, como son la equivalencia *Vellica*-Monte Cildá⁷ y *Bergida*-El Bierzo, cuando no existen argumentos objetivos en contra de una *Bergida* cántabra de la que no nos hayan llegado más referencias que la que nos da Floro (II, 33, 49).

⁶ Una traducción de este pasaje de Orosio sería la siguiente: “agotando el tiempo inútilmente y poniendo a menudo en peligro al ejército, finalmente ordena que desde el golfo Aquitánico, a través del Océano, la flota se aproxime a los incautos enemigos y desembarque tropas. **Sólo entonces** los Cántabros salieron al encuentro para el mayor combate al pie de las murallas de Attica”.

⁷ La identificación *Vellica*-Monte Cildá se apoya en la aparición en ese importante yacimiento de un epígrafe en el que se menciona el genitivo de plural *Vellicum* (Iglesias Gil, 1976, n.º 32). Esta ubicación de la primera batalla contra los Cántabros ha sido comúnmente aceptada, ya que se aviene bien con el escenario “oficial” de la guerra que no es otro que el que sigue, en gran parte, el itinerario recogido por una de las tablas de barro de Astorga. Sobre la fiabilidad de la identificación *Vellica*-Monte Cildá ver Solana Sáinz (1981); sobre la dudosa autenticidad del “itinerario de barro” ver nota 5.

En líneas generales, la mayoría de las reconstrucciones historiográficas de la Guerra Cantábrica tienen en común la utilización de los escasos testimonios de naturaleza textual que tratan el tema y que han llegado hasta nuestros días. Este punto de partida común ha caminado parejo al desprecio, o, si se prefiere, ignorancia, de los posibles testimonios arqueológicos al respecto. Está claro que con estas deficiencias de base, el edificio historiográfico resultante ha de presentar enormes carencias estructurales que, en la mayor parte de los casos, han sido subsanadas con lo que podríamos calificar como abuso interpretativo. Este uso abusivo del testimonio de las fuentes escritas ha traído consigo, como no podía ser de otra manera, una serie de adecuaciones de lo narrado a unos esquemas preconcebidos de antemano y que respondían al estado de los conocimientos sobre el período en el momento de realización de los diferentes trabajos, así como a los posicionamientos de índole sentimental o ideológica de algunos autores. Así, por ejemplo, nos encontramos con lo que podríamos denominar “adecuaciones sentimentales” cuyo principal exponente sería la ubicación del *mons Medullius* en Galicia, basado únicamente en el texto de Orosio y, por tanto, la inclusión de los Galaicos entre los pueblos que tomaron parte en las guerras, cosa que, por otra parte, no aparece recogida en ninguna de las fuentes. Es necesario afirmar que, en origen, este desplazamiento de la guerra a Galicia no responde a condicionantes de orden sentimental, pero no hay duda que esas afirmaciones de los autores que han tratado el tema han establecido, una vez más, una especie de dogma historiográfico que ha calado hondo en la historiografía gallega hasta límites insospechadamente épicos (*vid.*, por ejemplo, Torres Rodríguez, 1980). Tal vez algún día la arqueología demuestre que, efectivamente, la conquista del Norte de *Hispania* por Augusto afectó a los pueblos galaicos, pero, de momento, no existe ningún indicio, al margen de la citada frase de Orosio, que nos haga pensar en ello. Otro ejemplo de sentimentalismo historiográfico lo encontramos en la obra de Martino (1982), empeñado en circunscribir a su “querida” Liébana y alrededores los escenarios del *Bellum Cantabrum*, obligándose a recurrir para ello a enrevesadas y poco científicas reducciones toponímicas, así como a más que dudosas identificaciones arqueológicas.

Tal vez el principal ejemplo del uso de argumentos pretendidamente arqueológicos y toponímicos de escaso rigor científico para la ubicación de los escenarios de la Guerra Cantábrica lo encontramos, de una u otra forma, en las obras que hemos denominado “clásicas” (Syme, 1976-77; Schulten, 1962) y “oficiales” (VV.AA., 1981; Teja, 1999). Se trata del empeño en circunscribir al menos uno de los escenarios de la guerra a un territorio muy concreto, como es el formado por las cabeceras de los ríos Pisuerga y Besaya. Esta elección, apoyada en argumentos tan discutibles como los datos proporcionados por el “itinerario de barro” de Astorga, no es casual, ya

que coincide plenamente con la ubicación de los únicos restos romanos y de la Edad del Hierro que hasta no hace mucho se conocían en el territorio de la antigua *Cantabria*. La ecuación calzada romana-vía de penetración militar, aderezada con la presencia de grandes castros en las inmediaciones, se ha convertido en otro de los grandes dogmas de los que se ha nutrido la historiografía a la hora de tratar el tema que aquí nos ocupa, dando por hecha la imposibilidad de ampliar el escenario de la contienda dentro del territorio estrictamente cántabro. Sin negar en ningún momento la posibilidad de que ese corredor natural haya sido escenario de algunas de las operaciones militares, es necesario, y la arqueología así lo está demostrando (Peralta Labrador, 1997, 1999a, 1999b, 2001a y 2001b), ampliar el posible marco de operaciones a un territorio bastante más extenso. Una vez más, lo que historiográficamente estaba “atado y bien atado” ha resultado no estarlo tanto y donde parecía que no quedaba nada que decir, aunque, cualitativamente, lo que se había dicho era más bien poco, el trabajo arqueológico está comenzando a esbozar su propio discurso.

Como ya se ha puesto de manifiesto, la totalidad de las reconstrucciones de las guerras romanas de conquista del Norte de *Hispania* tienen en común la exclusividad de los argumentos de naturaleza toponímica para su elaboración, recurriendo vagamente a la arqueología únicamente cuando ésta sirve para corroborar las identificaciones realizadas. Es necesario resaltar la fragilidad de esos argumentos y cuestionar su utilidad a la hora de realizar una aproximación rigurosa al desarrollo del *Bellum Cantabricum*, ya que únicamente la superación de esa metodología exclusivamente filológica puede abrir las puertas al verdadero desarrollo de la investigación. La situación de estancamiento de la investigación de base toponímica ya ha sido puesta de manifiesto por algunos autores (Ramírez Sádaba, 1999a y 1999b), pero creemos necesario incidir en ella, ya que es ineludible a la hora de establecer las causas del estado actual de la investigación.

Tal vez, el ejemplo más significativo a este respecto sea la recurrente identificación *Aracelum*-Aradillos, nacida de la obra de Flórez y mantenida persistentemente hasta nuestros días por la mayoría de los autores. Como hemos visto, casi todos aquellos que se han acercado al tema han situado la antigua *Aracelum* en las inmediaciones del actual Aradillos, siguiendo una identificación realizada en el siglo XVIII. ¿Cuáles han sido los motivos de esta contumacia historiográfica? Por un lado, es innegable que la referencia de Flórez tiene un peso considerable, no tanto por la autoridad del religioso burgalés, sino porque se adapta perfectamente a los esquemas preconcebidos de los que ya hemos tratado: está en la zona adecuada, muy cerca de *Iuliobriga*, y su nombre guarda un gran parecido fonético con el del *oppidum* cántabro que citan las fuentes. Por otro, puede explicarse el mantenimiento como consecuencia de la

autoridad emanada de las obras de aquellos historiadores “clásicos” que siguieron a Flórez y que formaron escuela, algunos de los cuales creyó encontrar restos de una fortaleza cántabra en una de las cumbres que rodean al pueblo (Schulten, 1942 y 1962). De nuevo, los argumentos *ex auctoritas*, la adecuación a una ubicación territorial preconcebida, la existencia de unos supuestos restos arqueológicos y una curiosa relación toponímica han marcado el desarrollo de la investigación. Y es que la identificación *Aracelum*-Aradillos no es válida ni desde el punto de vista filológico ni, por supuesto, desde el arqueológico. En el primer caso, la etimología de Aradillos no nos remite a un *Aracillum*⁸, sino a un diminutivo del participio del verbo “arar” en plural, estando constatada su presencia en otros lugares (Ramírez Sádaba, 1999b: 180); en el segundo, basta no ya con visitar el lugar mencionado por Schulten, sino con ver el plano que de él levantó (1942) y con leer la descripción que da (1962) para descartar completamente la posibilidad de que los restos de muros del Midaño Frío correspondan a un *oppidum* de la II Edad del Hierro (fig. 2), por no hablar del “sistema de fosos” citado por Martino (1982: 95-98). Sin embargo, la gran mayoría de los autores insiste en localizar el escenario de una de las batallas de la Guerra Cantábrica en un monte en el que no hay ningún vestigio arqueológico relacionable con ese episodio cuando una mínima revisión rigurosa de los argumentos esgrimidos en defensa de esa identificación hace que sea obligatorio su descarte, tema en el que ha insistido recientemente algún otro investigador (Peralta Labrador, 1997 y 1999b).

En conclusión, el empleo de la toponimia a la hora de establecer la ubicación de los escenarios del *Bellum Cantabricum* se ha revelado no ya como insuficiente, sino como perjudicial, ya que ha dado lugar a identificaciones carentes incluso de fundamento filológico que han perdurado en la historiografía. El papel que ha de jugar la toponimia en la investigación ha de ser exclusivamente complementario del de la arqueología, siendo necesario además un rigor científico en el análisis e interpretación de los topónimos que, hasta el momento, ha estado más bien ausente.

5. NUEVOS ACERCAMIENTOS A UN VIEJO PROBLEMA: IMPLICACIONES METODOLÓGICAS

A la vista del fracaso de los acercamientos tradicionales en la reconstrucción de los escenarios de la Guerra Cantábrica, sólo la apertura de nuevas líneas en la investigación permite seguir progresando en el conocimiento histórico sobre este singular acontecimiento.

⁸ Con todo, parece que la forma correcta es *Aracelum* según el texto fijado por Jal (1967) a partir de los códices más fiables, y no el *Aracillum* utilizado habitualmente, habiendo de nuevo funcionado como agente distorsionador el tristemente célebre “itinerario de barro”.

tecimiento. Y esas nuevas líneas pasan necesariamente por la práctica arqueológica. Hasta mediados de la década de los noventa la relación entre Arqueología e investigación sobre la Guerra Cantábrica ha sido casi testimonial. Si obviamos las incursiones pioneras de Ríos y Ríos (1889) en la zona de Castrillo del Haya, sólo las exploraciones carentes de un verdadero planteamiento científico y con resultados bastante discutibles realizadas por Schulten en colaboración con el general Lammerer en Aradillos para identificar el emplazamiento de *Aracelium* (Schulten, 1942 y 1962) o las de Martino en la zona de Peña Sagra en las que asegura haber identificado el trazado del foso del *mons Medullius* y otras estructuras de dudosa naturaleza antrópica (Martino, 1982), mencionadas anteriormente, han podido tener algo de arqueológicas. La necesidad de un cambio de enfoque en la investigación ha sido puesto de manifiesto en los últimos años (Iglesias, 1995), pero no se ha llevado a cabo hasta fechas recientes, constituyendo una aparente revolución cuando, en realidad, las herramientas que utiliza el nuevo enfoque llevan décadas al alcance de los investigadores.

No conviene olvidar que la actividad arqueológica desarrollada en Cantabria relacionada con la Edad del Hierro y con la época romana ha sido muy limitada en las últimas décadas y ha estado anclada en el inmovilismo metodológico, y ello ha afectado especialmente a la actividad prospectiva. Se ha construido una visión distorsionada del territorio, estrechamente relacionada con tópicos y propuestas teóricas que están siendo superadas en los últimos años. Un caso paradigmático en este sentido es el de la existencia de poblados de la Edad del Hierro al norte de la Cordillera en el territorio de la actual Cantabria, cuestión admitida sólo en fechas recientes (*vid.* Gutiérrez Cuenca, 2000), que sólo ha podido ser demostrada mediante una intensa labor de prospección. Como pone de manifiesto algún estudio reciente (Fernández Ochoa y Morillo Cerdán, 1999: 38), el periodo de la Guerra Cantábrica “apenas si se encuentra documentado desde el punto de vista arqueológico” y ello es debido, en gran medida, a la ausencia de prospecciones sistemáticas que sólo se han desarrollado en los últimos años, sacando a la luz en muy poco tiempo un número bastante significativo de yacimientos tanto en la actual Cantabria como en el Norte de Castilla y León. La ausencia de prospecciones sistemáticas también ha marcado la actividad arqueológica relacionada con la época romana en Cantabria, centrada durante las últimas décadas en la excavación de los principales yacimientos conocidos, especialmente en el yacimiento romano de Retortillo, tradicionalmente identificado con la ciudad romana de *Iuliobriga* mencionada por las fuentes escritas, objeto de intervenciones prácticamente ininterrumpidas desde 1980 hasta la actualidad (Iglesias Gil y Pérez Sánchez, 1999). A este respecto, es elocuente el hecho de que los tres yacimientos más importantes de época romana encontrados en Cantabria en las dos

últimas décadas, como son Camesa-Rebolledo, Santa María de Hito y San Juan de Maliaño, han sido descubiertos de forma casual, al margen de proyectos de investigación. En la investigación tradicional, y no sólo en la que se refiere a la Historia Antigua de Cantabria, se le ha otorgado muy poca importancia a la prospección, actividad que ha sido marginada y subordinada a la excavación (Ruiz Zapatero y Burillo Mozota, 1988), o simplemente ignorada, ya que la elección de las técnicas empleadas en la investigación está en función de los objetivos (Orejas Saco del Valle, 1995) y la construcción de una geografía real de la Cantabria Antigua a partir de evidencias materiales nunca ha sido una línea de investigación suficientemente valorada. La minusvaloración de la prospección como herramienta de construcción del conocimiento histórico y arqueológico es algo que, lejos de lo que se podría esperar, aún sigue vigente en ciertos ámbitos de la investigación regional (Ontañón Paredo, 2000: 11).

La investigación sobre la Guerra Cantábrica requiere, por tanto, una renovación metodológica que está siendo desarrollada por las nuevas líneas de investigación abiertas en la actualidad. Tal renovación pasa por el empleo de la actuación arqueológica como el método más adecuado para una reconstrucción realista de la geografía de los acontecimientos narrados por las fuentes desvinculada del estudio toponímico puramente filológico efectuado hasta la actualidad. Al fin y al cabo, el único modo de reconstruir un paisaje histórico, cuando las fuentes escritas aportan datos vagos, es constatando su pervivencia actual sobre el terreno a partir de restos materiales y esa constatación sólo puede realizarse por medio de la Arqueología, particularmente de la prospección. Como apuntan acertadamente Ruiz Zapatero y Burillo Mozota (1988: 47), la prospección tiene capacidad para ofrecer datos de estudio global de un territorio y eso es lo que se necesita en el reconocimiento de los escenarios de la Guerra Cantábrica. Los investigadores deberán seleccionar las herramientas más adecuadas para la resolución de los problemas que se plantean. En el caso que nos ocupa las herramientas que está proporcionando mejores resultados son la prospección por muestreo dirigido y el empleo de fotografía aérea vertical y oblicua.

La metodología empleada ha de estar, en todo caso, en estrecha relación con la hipótesis de trabajo que se utilice en el estudio del territorio.

La prospección arqueológica que ha permitido encontrar los primeros escenarios de la Guerra Cantábrica ha estado vinculada, al menos en los inicios, con proyectos de investigación sobre la Edad del Hierro regional. Para la investigación sobre la Edad del Hierro se ha empleado un modelo de prospección por muestreo dirigido basado en el análisis pormenorizado de aquellas zonas o lugares que por su topografía estratégica eran susceptibles de haber sido asiento apropiado de un poblado. La compleja orografía de Cantabria, que dificulta estrategias de pros-

pección de cobertura total y el conocimiento adquirido sobre otras zonas ya estudiadas hace recomendable el desarrollo de una estrategia de este tipo. Los resultados han sido rentables en un breve periodo de tiempo, dándose a conocer un buen número de castros al norte de la cordillera cantábrica: Cueto del Agua, Espina del Gallego (Peralta Labrador y Ocejo Herrero, 1996), Alto del Cueto, Los Agudos (Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000), Castilnegro (Valle Gómez, 2000) y Peñarrubia (Valle Gómez, com. pers.), entre otros⁹. A esto habría que añadir los descubrimientos realizados en los últimos años en la zona montañosa del norte de Burgos, muchos de ellos aún inéditos, como Cerro de la Maza y Escalada (Peralta Labrador, 2000). El conocimiento del territorio en la II Edad del Hierro es imprescindible para poder comprender el desarrollo de la conquista y posterior asentamiento de los romanos en tierras de Cantabria y, al tiempo, la investigación sobre el tema ha abierto perspectivas en el estudio de los propios escenarios de la Guerra Cantábrica. Y si los lugares en los que buscar poblados de la II Edad del Hierro estaban relativamente claros: lomas y montes fácilmente defendibles, controlando pasos estratégicos, en conexión visual con otros poblados, etc. y definidas las formas constructivas que debían presentar: murallas en las zonas más vulnerables, perímetros adaptados a las condiciones topográficas, puertas simples de reducidas dimensiones, etc., una lectura de los textos latinos que tratan sobre castramentación como Polibio, César, Vegetio o el pseudo-Hyginio y un conocimiento del *modus operandi* de las tropas romanas en función de la orografía del escenario bélico dará las claves para elegir los lugares en los que pueden haberse asentado los establecimientos militares de campaña.

Indisolublemente ligado con la prospección sobre el terreno ha estado el uso de la fotografía aérea vertical. Ha sido una herramienta imprescindible en su doble vertiente de guía para la elección de zonas de prospección y de elemento de confirmación de las observaciones realizadas sobre el terreno. El modelo metodológico que desarrolla -en cierta medida, de forma intuitiva y en función de las necesidades que genera el trabajo de campo, eje fundamental de la propuesta- la investigación sobre la Edad del Hierro y la Guerra Cantábrica en Cantabria es muy similar al propuesto por Olaetxea Elósegui (1991) en Guipúzcoa para el estudio de poblados de la Edad del Hierro: revisión de las colecciones de fotografía aérea de los vuelos disponibles a diferentes escalas (1:33.000, 1:12.000, 1:5.000), estudio de la topografía estratégica, estudio de la toponimia y prospección sistemática sobre el terreno, preferentemente en los ciclos bajos

⁹ Preferimos mantener un cierto escepticismo con respecto de la identificación de otras estructuras localizadas en las comarcas del Saja y el Nansa, como Las Vezas, el Castro de Carmona o la Braña del Tamareo, como castros de la II Edad del Hierro (Castanedo Herrera *et alii*, 1999; Cisneros Cunchillos y Díez Castillo, 2000).

de la vegetación¹⁰.

El empleo de la fotografía aérea como herramienta complementaria de la prospección sobre el terreno es fundamental en el estudio de la arqueología militar romana. Los primeros ensayos de aplicación sistemática de fotografía aérea al estudio de estructuras defensivas de época romana se remontan a 1932, cuando Poidebard utilizó esta herramienta, si bien aún de forma no metodológica, en su estudio del *limes* sirio (Orejas Saco del Valle, 1995). Desde entonces y hasta nuestros días la fotografía aérea vertical y oblicua ha sido empleada con profusión en la investigación del “espacio militar” (Chevallier, 2000: 123). Son numerosos los ejemplos de la vecina Francia, donde la fotografía aérea ha tenido un importante desarrollo desde hace décadas, en los que se ha empleado esta herramienta para reconstruir batallas y asedios de época romana. Así, han sido identificadas a partir de la fotografía aérea estructuras como la Fosa Mariana de la campaña de Mario contra los Teutones en el 102 a.C. o las estructuras del asedio de Alesia por César durante la Guerra de las Galias (Chevallier, 2000: 126-127), y los atrincheramientos romanos en torno al *oppidum* de Liencourt-Erondelle y las estructuras defensivas de Vendeuil-Caply, y el campamento de Folleville (Agache, 1970), también de época tardorrepulicana, entre otros. En los últimos años la fotografía aérea también ha permitido documentar recintos militares de época romana en nuestro país, en este caso altoimperiales, como es el caso del campamento de Valdemedea en León (Sánchez-Palencia Ramos, 1986) o el del campamento de Uxama en Soria (García Merino, 1996). Por un buen número de razones, por tanto, el empleo de fotografía aérea vertical y oblicua se ha mostrado como una herramienta de especial utilidad para conocer los sistemas de castramentación romana.

Teniendo en cuenta que los campamentos de campaña pueden ser el único testimonio perceptible en la actualidad de los antiguos campos de batalla, las investigaciones recientes sobre la Guerra Cantábrica se han volcado en la documentación de ese tipo de evidencia. La fotografía aérea se convierte en una herramienta indispensable tanto en la prospección como en posteriores tareas de documentación si, además, tenemos en cuenta las dificultades de observación y comprensión de este tipo de estructuras sobre el terreno.

Como ponen de manifiesto diferentes autores (Agache, 1970; Chevallier, 2000), para el empleo de la fotografía aérea en la localización de campa-

¹⁰ La prospección de la vertiente oceánica de Cantabria debe realizarse durante los ciclos bajos de la vegetación, durante el invierno y los inicios de la primavera, debido a que la exuberancia de ésta impide un apropiado reconocimiento del terreno en otros periodos. Desafortunadamente, los plazos impuestos actualmente por la burocracia en los permisos de intervenciones arqueológicas en Cantabria impiden la realización de cualquier tipo de trabajo de campo entre finales del mes de octubre y el mes de marzo, el lapso más apropiado para efectuar prospecciones en zonas de montaña.

mentos romanos hay que partir del conocimiento previo que proporcionan las fuentes clásicas referidas a táctica, castramentación y poliorcética, y del bagaje de la investigación arqueológica sobre el tema para saber qué buscar y dónde buscar. Si buscamos escenarios de una operación militar romana de conquista de un territorio habremos de buscar, como ya hemos dicho, campamentos de campaña y habremos de buscarlos en los lugares en los que se desarrollaron las operaciones. Un aserto como este, que puede parecer bastante tautológico, se enfrenta, en el caso de la investigación sobre la Guerra Cantábrica, a múltiples prejuicios en su aplicación. Como veremos más adelante, sólo en los últimos años se han podido localizar evidencias arqueológicas de este tipo y sólo asumiendo planteamientos que una buena parte de la investigación tradicional acepta con bastante dificultad.

La creación de una geografía ficticia de la Guerra Cantábrica en la que la Cordillera ha constituido una barrera insalvable como limitador orográfico en el constructo teórico -salvo para algunos investigadores, como es el caso de Martino- ha descartado una posible búsqueda de evidencias donde finalmente han aparecido. A las dificultades para admitir un poblamiento castreño en la vertiente Norte de Cantabria de similar entidad al existente en el Sur -construyendo una división ficticia entre Cántabros cismontanos y trasmontanos que ya ha sido mencionada con anterioridad- se une la opinión de investigadores especialistas en castramentación romana como Morillo Cerdán que considera, al tratar del supuesto campamento citado por Ríos y Ríos (1889) en Retortillo -aunque, en realidad, este autor ubica las posibles estructuras campamentales en los alrededores de Castrillo del Haya y no en Retortillo- que “resulta bastante difícil pensar en un establecimiento militar en una zona tan al interior de la Cordillera” (Morillo Cerdán, 1991: 167). A ello se une el aparente consenso existente en lo referente a la vía de penetración de las tropas romanas hacia el norte en el territorio de Cantabria, que también limita las posibilidades de búsqueda de los escenarios bélicos. Al considerar que la vía *Iuliobriga-Portus Blendium* “guarda relación con el desarrollo de las Guerras Cántabras, particularmente con el asedio y conquista de los principales reductos indígenas *Vellica* y *Aracillum*” (Iglesias Gil, Mañanes Bedía y Muñiz Castro, 1989: 7-8), y que, tal y como ha quedado consensuado en el “discurso oficial”, esa es la vía de penetración de la columna central del ejército romano, única de la que queda constancia en los relatos de Floro y Orosio, se niega la existencia de vías alternativas al valle del Besaya, a pesar de la aparente inadecuación estratégica de esta vía al uso militar. El uso de vías de penetración alternativas en época de la conquista romana como la llamada vía del Escudo (González de Riancho, 1988) ha sido negado de manera sistemática por otros investigadores (Iglesias Gil, Mañanes Bedía y Muñiz Castro, 1989; Iglesias Gil y Muñiz Castro, 1992) sin demasiado fundamento, a pesar de presen-

tar las características propias de un camino militar si atendemos a las observaciones sobre táctica recogidas en los textos clásicos y de qué, como veremos, la vía está en relación con evidencias arqueológicas de la Guerra Cantábrica que sólo han podido sacar a la luz unas prospecciones sistemáticas guiadas por un mayor conocimiento del *modus operandi* del ejército romano.

La identificación de evidencias arqueológicas relacionadas con campañas militares de época romana exige un conocimiento de las tipologías de castramentación y de los dispositivos característicos presentes en los recintos campamentales. Por desgracia, en nuestro país, los estudios sobre estos temas nunca han alcanzado un gran desarrollo y la mayor parte de la investigación se ha realizado sobre recintos permanentes o *castra hiberna*, campamentos “de piedra” en su mayor parte, y no sobre campamentos de campaña. En otros países europeos como Francia o Inglaterra la literatura arqueológica existente sobre el particular es amplia. La limitación de los conocimientos sobre el tema en nuestro país se pone de evidencia con un ejemplo claro: en el campamento romano de Valdemedina un dispositivo que aparenta ser una puerta en *clavicula* doble, es vagamente descrita como una entrada protegida por sendos recodos interno y externo (Sánchez-Palencia Ramos, 1986: 227; Morillo Cerdán, 1991: 167), aún cuando la denominación de ese tipo de dispositivo y su carácter de rasgo característico de los campamentos de campaña está asentada en la bibliografía desde hace más de medio siglo (Grenier, 1931; Matherat, 1943). En todo caso, saber qué se busca es imprescindible en el desarrollo de una prospección dirigida.

El planteamiento de una prospección sistemática dirigida, en la que debe quedar claro qué buscar y donde buscar, combinada necesariamente con el empleo de la fotografía aérea se muestran como las herramientas más apropiadas para el desarrollo de nuevos enfoques sobre el estudio de la Guerra Cantábrica. Los trabajos realizados hasta el momento, cuyos resultados analizaremos a continuación, deben conducir necesariamente a un nuevo discurso historiográfico que supere, entre otras cosas, la construcción de geografías ficticias de unos acontecimientos que, afortunadamente, han dejado su huella en el terreno. Somos conscientes de las limitaciones propias de la documentación arqueológica, por definición fragmentaria y desigual, y, con frecuencia, difícil de emplazar en el tiempo cuando manejamos escalas tan pequeñas -las denominadas Guerras Cántabras, incluyendo las rebeliones posteriores al 25 a.C., en su conjunto, no duraron más de quince años-, pero estamos convencidos de que la localización de los escenarios bélicos sobre el terreno tiene una importancia crucial para avanzar en la investigación, independientemente de que se puedan o no identificar con los acontecimientos precisos narrados con propiedad en las fuentes escritas.

6. HACIA UN NUEVO DISCURSO: EL PAPEL DE LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

La construcción de un nuevo discurso basado en la evidencia arqueológica pasa por localizar sobre el terreno las huellas dejadas por la invasión romana e intentar identificar estas huellas con los acontecimientos narrados por la fuentes escritas. La relación entre evidencia arqueológica y fuentes escritas no será, en todo caso, una imagen especular, es probable que ni todos los acontecimientos narrados por los historiadores romanos hayan dejado restos materiales que se puedan estudiar en la actualidad y que, por otro lado, buena parte de los restos materiales que se conservan no puedan ponerse en relación con los acontecimientos conocidos por otras fuentes, bien porque la vaguedad de los relatos escritos impida la identificación, bien porque son restos de episodios que no mencionan tales relatos.

Al hablar de la evidencia arqueológica vamos a centrar nuestra atención en un tipo de yacimiento fundamental para reconstruir los acontecimientos de la Guerra Cantábrica y las rebeliones posteriores como son los campamentos romanos de campaña, que pueden presentarse de forma aislada o formando parte de escenarios más complejos, verdaderos campos de batalla. Las actuaciones arqueológicas realizadas hasta la actualidad han permitido documentar con seguridad un total de seis campamentos romanos de campaña en Cantabria, Burgos y Palencia (fig. 3).

La gran estructura campamental romana de Cildá¹¹ (Arenas de Iguña-Corvera de Toranzo, Cantabria) fue dada a conocer por Peralta Labrador y sus colaboradores en 1996 como resultado de las prospecciones realizadas dentro del “Proyecto de investigación sobre castros de la Edad del Hierro de Cantabria” (Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000), financiado por la Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria (fig. 4: 3). Se ubica en un monte cuya cota máxima de eleva a 1066 metros, al Este del castro de la Espina del Gallego. Ocupa una extensión total de unas 22 hectáreas. Las fotografías aéreas permiten delimitar un recinto central rectangular englobado en otro mayor y otra estructura adosada al sur. El recinto central ocupa unas 5 hectáreas, de forma rectangular con las esquinas redondeadas y mide 260x217 metros; su sistema defensivo está formado por doble *fossa* y *agger* de tierra en el Oeste. La ampliación hacia el Oeste del recinto central delimita una superficie cuadrangular y está defendida también por doble *fossa* y *agger* de tierra. En la zona de unión entre ambos recintos existe una puerta

con un posible *títulus*. La ampliación sur, adaptada a la forma de la zona llana de la cima, ocupa unas 4,4 hectáreas; tiene una línea defensiva con doble *fossa* y *agger* de tierra y una puerta en *clavicula*. En el interior de la estructura campamental se han localizado dos vías de empedrado irregular, una que lo cruza en el eje Norte-Sur, posiblemente la *via praetoria*, y otra en el eje este-oeste, la *via principalis*. Además, se ha iniciado la excavación de una estructura en la cima de tipo barracón que podría corresponderse con los *principia* del campamento o con un acantonamiento permanente.

Las excavaciones realizadas hasta la actualidad, centradas en las estructuras defensivas y en las vías, no han proporcionado demasiados materiales y los que han aparecido no son demasiado diagnósticos para establecer una cronología precisa. Han aparecido algunas tachuelas de sandalia de legionario y diferentes objetos metálicos muy afectados por la corrosión motivada por un suelo excesivamente ácido. No obstante, no existe duda sobre la relación de este campamento con el asedio del castro de la Espina del Gallego.

El campamento o *castellum* de El Cantón (Arenas de Iguña-Molledo, Cantabria) fue descubierto en 1996 en el marco del proyecto de investigación mencionado anteriormente (fig. 4: 2). Es una estructura de reducidas dimensiones, unos 7210 m², de forma circular-ovalada afectada parcialmente por una replantación de pinos y un cortafuegos. Presenta un aparato defensivo típicamente romano, con *fossa* simple y *agger* de tierra en su perímetro, así como dos puertas con *clavicula* interna enfrentadas en su eje este-oeste.

Durante las prospecciones aparecieron en el cortafuegos un plomo de restañar, una punta de *pilum* muy deteriorada y útiles de molienda. Ha sido objeto de sondeos en 1997 centrados en las estructuras defensivas de la zona sur y en zonas despejadas del centro del campamento que no han proporcionado materiales diagnósticos, sólo elementos metálicos muy erosionados.

Al igual que el campamento de Cildá, el de El Cantón formaría parte del asedio de la fortaleza de la Espina del Gallego, cerrando la huida hacia el Sur de los habitantes del castro.

El yacimiento del Campo de las Cercas (Puente Viesgo-San Felices de Buelna) descubierto por F. Crespo y reconocido como campamento romano por Peralta Labrador y sus colaboradores en 1998 (Peralta Labrador, 1999) (fig. 4: 1). Es un gran campamento rectangular con las esquinas redondeadas de grandes dimensiones que se extiende 1 kilómetro en longitud y 200 metros en anchura, abarcando unas 18 hectáreas del cordal montañoso que separa los valles del Pas y el Besaya, que está dividido en dos recintos de similar extensión. El aparato defensivo, característicamente romano, se limita a una circunvalación de *fossa* simple y *agger* que, en algunas zonas y aprovechando los materiales que afloran, es de piedra. Los accesos al campamento están flanqueados por hasta cinco puertas en *clavicula*, algunas de ellas construidas en piedra;

¹¹ Las investigaciones realizadas hasta la actualidad en los campamentos romanos de Cildá, El Cantón y el Campo de las Cercas han sido dadas a conocer en diferentes congresos y publicaciones periódicas desde su descubrimiento. Las referencias bibliográficas existentes sobre estos yacimientos son muy abundantes y a ellas nos remitimos: Peralta Labrador, 1997, 1998, 1999a y b, 2000a y b, 2001a y b y en prensa; Peralta Labrador y Oejo Herrero, 1996; Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000.

todas ellas presentan *clavicula* interna y en una la *clavicula* aparece combinada con un *títulus*.

Las excavaciones realizadas en 1999 y 2000 se han centrado en una de las puertas en *clavicula* y en la realización de diversos sondeos en la zona sur del recinto norte que han proporcionado materiales numismáticos romanos y celtibéricos y otros objetos metálicos característicos de los campamentos romanos de campaña: un *pilum*, una clavija de tienda de campaña, una azada de legionario, un proyectil de honda, etc., además de abundantes tachuelas de *caliga*.

El campamento de La Muela¹² (Merindad de Sotoscueva, Burgos) ha sido descubierto en 1999 dentro del “Proyecto de investigación sobre las Guerras Cántabras: prospecciones en el norte de Burgos” (Peralta Labrador, 2001b). Se trata de un *castellum* de reducidas dimensiones, con una superficie que no sobrepasa las 2 hectáreas, ubicado en una península acantilada sobre el río Dulla. La única estructura defensiva documentada está ubicada en el acceso a la península desde el sur y está compuesta por un doble *agger* de tierra y piedra con una puerta con estrechamiento similar a una *clavicula*. El resto del perímetro, acantilado vertical, no precisa de recinto defensivo.

Durante las tareas de prospección se hallaron algunas tachuelas de sandalia y una moneda de época augústea. En los sondeos llevados a cabo durante 2000 se ha recuperado abundante material en buen estado de conservación: clavijas de tienda de campaña, los plomos de una *groma*, un *pilum* y un regatón, numerosas tachuelas de *caliga*, cerámica común romana, y monedas romanas de época republicana y altoimperial.

Las estructuras del campamento de Castillejo (Pomar de Valdivia, Palencia) que habían sido interpretadas por Fraile López (1990) hace una década como un hábitat de época medieval de gran entidad, han sido reinterpretadas como estructura campamental de época romana durante los trabajos de campo del “Proyecto de investigación sobre las Guerras Cántabras: prospecciones en el norte de Palencia”. El recinto tiene una extensión aproximada de 10 hectáreas y está protegido por un sistema de *agger* y *fossa* simple del que se aprecia una longitud de al menos 250 metros en su lado más largo y con una esquina redondeada. En el *agger*, de difícil percepción sobre el terreno, se abre una puerta con *clavicula* interna. En el exterior del recinto se han localizado unas posibles estructuras defensivas con *agger* y *fossa* que podrían delimitar un recinto de casi 30 hectáreas.

Las excavaciones iniciadas en 2000 se han centrado en la documentación de las estructuras defensivas, mejor conservadas de lo que aparentan en

superficie. Es probable que el foso fuese colmatado de forma intencional en el momento de abandono del campamento. Los sondeos que se han realizado en el interior del recinto han reportado escaso material, pero significativo: varias tachuelas de *caliga* y dos puntas de flecha de tres aletas, de un tipo característicamente romano.

El hallazgo más reciente en lo que se refiere a estructuras campamentales de campaña es el campamento de El Cincho (La Población de Yuso, Cantabria), dado a conocer por García Alonso (en prensa). Las estructuras conservadas se aprecian en las diferentes fotografías aéreas existentes de la zona. Es un gran recinto de tendencia rectangular con las esquinas redondeadas, con una superficie aproximada de unas 16 hectáreas y unas dimensiones de 450 metros de largo y 350 metros de ancho. El sistema defensivo está constituido por un perímetro de *agger*, en el que se utiliza la piedra en parte de la estructura, y *fossa* simple, y al menos tres de las seis puertas que se han identificado podrían disponer de un dispositivo en *clavicula*. De momento no hay hallazgos de elementos muebles.

Además de estas estructuras campamentales, seis *castra aestiva*, existen en el territorio de Cantabria otras evidencias relacionadas con las campañas militares del *Bellum Cantabricum*. Conviene citar, al menos, el castro de la Espina del Gallego, objeto de asedio por las tropas romanas y en el que hay evidencias tanto de ese asedio como de la inmediata ocupación, y una serie de estructuras defensivas de diversa entidad relacionadas con algunos de los campamentos referidos.

El castro de la Espina del Gallego¹³ (Anievas-Arenas de Iguña-Corvera de Toranzo, Cantabria) es citado por primera vez por González de Riancho (1988) y documentado por prospecciones posteriores (Peralta Labrador y Ocejo Herrero, 1996; Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000). Se ubica estratégicamente en un estrechamiento del cordal que continúa la sierra de El Escudo hacia el norte. El recinto indígena está compuesto por tres líneas de muralla, dos líneas concéntricas en trono a la acrópolis y un recinto exterior de grandes dimensiones; recientemente se ha localizado la zona de hábitat, formada por una veintena de cabañas (Peralta Labrador, 2001a). La ocupación romana, una guarnición dejada tras la toma del castro, está representada por diversas estructuras construidas en la zona de la acrópolis entre las que destaca un barracón de grandes dimensiones, 100x5 metros, con divisiones internas, un horno de reducción de hierro y una vía empedrada.

Entre los materiales hallados durante la prospección y las excavaciones hay que citar un tesoro de denarios romanos de época republicana, un camafeo de cornalina, numerosas tachuelas de sandalia de

¹² Los recientes descubrimientos efectuados en el norte de Castilla y León están siendo objeto de investigaciones en los últimos años gracias al apoyo de la Fundación Marcelino Botín de Santander. Los resultados de estas investigaciones, como sucede con las efectuadas por el equipo de Peralta Labrador en Cantabria, han sido objeto de diversas publicaciones: Peralta Labrador, 2000, 2001b y en prensa.

¹³ Las referencias sobre el yacimiento de la Espina del Gallego están recogidas en las publicaciones referidas en la nota 11.

legionario y algún fragmento de cerámica común romana, en la zona de estructuras romanas, y dos puntas de *pilum catapultarium* que evidencian el asedio al que fue sometido el castro.

Otros yacimientos de tipología militar romana que, aunque no han sido objeto de excavación arqueológica, pueden ponerse en relación con el asedio del castro de la Espina del Gallego y el avance de las legiones hacia la vertiente costera de Cantabria son el posible *castellum* de Cotero de Marojo y del *vallum duplex* de Cotero del Medio, descubiertos mediante prospección en 1996 (Peralta Labrador, Fernández Fernández y Ayllón Martínez, 2000). El primero se encuentra en la línea de cumbres que forma la divisoria entre los municipios de Molledo y Luena, unos siete kilómetros al sur del campamento de Cildá; su estructura, una plataforma artificial de tierra emplazada en un estratégico estrechamiento de la sierra, hace pensar en un pequeño *castellum*, con capacidad para varias centurias o un manípulo (Peralta Labrador, 1999a). Un kilómetro al Sur de esta posición se encuentran los atrincheramientos de Cotero del Medio, consistentes en un gran *agger* de tierra al que se adosa una profunda *fossa fastigata* en V, completándose el conjunto con otro *agger* y otro foso exteriores de menores dimensiones; según sus descubridores se trataría de un *vallum duplex* que controla el paso por la línea de cumbres, protegiendo así la retaguardia del ejército acampado en Cildá (*ibidem*).

Finalmente, completan el mapa de las estructuras militares romanas de época augústea tres yacimientos que, dadas la ausencia de trabajos arqueológicos y/o la deficiencia de su publicación, debemos catalogar como posibles o dudosos. Se trata de dos hallazgos relativamente recientes y de uno conocido de antiguo, pero para el que no existe consenso a la hora de su identificación. Pese a la falta de la necesaria confirmación arqueológica, creemos que existen indicios para que sean tenidos en cuenta, al menos de forma provisional. Se trata de los recintos fortificados de Jarramaya, Peña Cutral y de Santa Marina-monte Ornedo.

El recinto fortificado de Jarramaya (San Felices de Buelna, Cantabria), identificado vagamente como un posible *castellum* romano (Fernández, Serna, Valle y Peralta, 2001), se encuentra en el macizo del Dobra y fue descubierto por Reigadas Velarde (1995) en 1989. Está ubicado en una pequeña elevación, cuya cima está rodeada por una muralla de piedra en tres de sus lados y por un terraplén en el cuarto, así como un foso que lo rodea. Su planta es ovalada y, en el lado noroeste, ya en la ladera, presenta tres pequeñas estructuras semicirculares que su descubridor considera “pozos de tirador” de la Guerra Civil. Sobre uno de los derrumbes de muralla se encontró un fragmento de cerámica, posiblemente medieval que, según su descubridor, marca un “*terminus ante quem*” (*ibidem*: 48) para la datación del yacimiento.

Otro posible yacimiento de tipología militar romana es el campamento de Peña Cutral (Enmedio, Cantabria), localizado por un lugareño en el transcurso de una prospección superficial en dicho monte. Lamentablemente la información disponible al respecto es escasa y vaga, por lo que nos limitaremos a resumir brevemente lo expuesto por Iglesias Gil y Muñiz Castro (1994-95) en su publicación: se trata de un recinto rectangular, de unas 8 hectáreas, rodeado por un talud defensivo o *agger*, emplazado en una loma amesetada de gran valor estratégico y en relación directa con la vía romana de Peña Cutral.

El yacimiento de Santa Marina-monte Ornedo (Valdeolea, Cantabria) es, sin duda, uno de los de más difícil interpretación en estos momentos, dada la aparente superposición de estructuras y, fundamentalmente, la brutal repoblación forestal que ha sufrido en los últimos años. Identificado a finales del siglo XIX con diferentes establecimientos campamentales de la *Legio IIII Macedonica* (Ríos y Ríos, 1889), fue excavado por Schulten (1942 y 1962) y por García Bellido, quienes lo consideraron un castro. Más recientemente Bohigas (1982) se hace eco de las excavaciones anteriores y, centrándose en las estructuras que rodean a la ermita de la cima, lo incluye en el listado de yacimientos altomedievales de Cantabria. Los elementos que hacen posible su identificación con un campamento romano de campaña, excluido el recinto superior, de cronología altomedieval, son las dos líneas defensivas exteriores. Están formadas por terraplenes de considerables dimensiones, en ocasiones acompañados de fosos, similares a los de otros campamentos romanos conocidos. Entre los materiales recuperados en las diferentes campañas de excavación realizadas en el yacimiento y que abogarían por su identificación con un campamento romano se encuentran un cuchillo afalcatado y un denario tardorrepublicano, conservados en el Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Cantabria.

No cabe duda de que estos yacimientos, relacionados con la presencia temprana del ejército romano en Cantabria, deben situarse cronológicamente en un periodo corto en la segunda mitad del S.I a.C. Y el único modo de ubicar en el tiempo con relativa exactitud los escenarios y hallazgos, en suma, los yacimientos arqueológicos, es a través de la datación de los elementos monetarios aparecidos durante las intervenciones arqueológicas. Las monedas ofrecen una fecha aproximada tanto en términos *ante quem* como en términos *post quem*. Las dataciones radiocarbónicas ofrecen un marco cronológico, pero no una fecha concreta, un marco que se antoja demasiado vago para valorar la cronología de unos acontecimientos que tuvieron lugar en un lapso corto de tiempo. El ejemplo de las primeras dataciones obtenidas en el campamento de Cildá y en el barracón de la Espina del Gallego son buenas muestras de las limitaciones que ofrece la técnica del carbono 14 para ayudar a emplazar cronológicamente estos yacimientos.

En Cildá se tomó una muestra de carbón procedente de una estructura tumuliforme relacionada con el establecimiento romano: AA 29658 1950 ± 50 BP (Peralta Labrador, 2000b), lo que ofrecería un intervalo de 47 cal BC-166 cal AD, con intersecciones en 34, 36 y 61 cal AD¹⁴. La muestra procedente de uno de los postes de sustentación del barracón de la Espina del Gallego: AA 29659 2110 ± 60 (*ibidem*), permite establecer una fecha dentro del intervalo 358 cal BC-22 cal AD, con intersecciones en 161, 130 y 120 cal BC. Estas dataciones radiocarbónicas ofrecen, por tanto, un amplio marco cronológico, entre el S.II a.C. y el S.I d.C., en el que situar los yacimientos, pero no una fecha concreta.

Otro tipo de métodos de datación relativa que con el tiempo han ido adquiriendo la vitola de cronologías absolutas no son aplicables a los yacimientos estudiados hasta la actualidad. Tal es el caso de las afinadas cronologías elaboradas en función de la evolución tipológica de la *terra sigillata*, dada la ausencia de este tipo de material en los recintos campamentales de campaña.

De los yacimientos arqueológicos de la Guerra Cantábrica conocidos hasta el momento sólo han proporcionado materiales numismáticos el barracón romano de la Espina del Gallego, el campamento de Campo de las Cercas y el campamento de La Muela¹⁵. El resto de los campamentos, Cildá, El Cantón y Castillejo, y de estructuras defensivas no han proporcionado este tipo de hallazgos.

En el conjunto del asedio de la Espina del Gallego los materiales numismáticos aparecidos simplemente ofrecen una fecha *post quem* para la llegada de las tropas romanas a *Cantabria*. En el barracón romano de la Espina del Gallego ha aparecido un tesoro de nueve denarios que se distribuyen cronológicamente entre 114-113 a.C. ó 91-89 a.C., el denario de *Fonteia*, y 42 a.C. ó 31 a.C., el denario de *Mussidia Iulia* (Peralta Labrador, 2001a: 30-31). Este desfase entre última acuñación y fecha de ocultación de más de una década viene a poner de manifiesto las limitaciones de los hallazgos numismáticos como marcadores cronológicos ya observadas por otros autores (Alegre Mancha y Celis Sánchez, 1994: 210). Los campamentos de Cildá y El Cantón no han proporcionado ningún hallazgo numismático. La datación puede parecer excesivamente antigua para poner en relación estos yacimientos arqueológicos con acontecimientos desarrollados en el 25 a.C., pero es per-

fectamente aceptable si tenemos en cuenta los parámetros de circulación de la moneda de plata en los ámbitos militares de época romana. El atesoramiento de moneda de plata es un fenómeno recurrente en contextos militares, lo que provoca que desaparezca de la circulación con rapidez, mientras que la moneda de cobre aleado se corresponde en la mayoría de los casos con moneda perdida lo que la convierte en un reflejo más fiel de la circulación (García Bellido, 1996), y, por extensión, en un indicador cronológico más fiable. En todo caso, es muy significativo que no aparezca numerario posterior o coetáneo de la Guerra Cantábrica, numerario que sí aparece en otros yacimientos, como se puede comprobar a continuación. Este hecho respaldaría la identificación del asedio de la Espina del Gallego con acontecimientos desarrollados en la campaña del 25 a.C. que permitieron el paso a la vertiente costera y el control de las vías de acceso a través de la Cordillera, tal y como ha propuesto Peralta Labrador (1997 y 1999b).

En el campamento del Campo de las Cercas se han encontrado, hasta la fecha, además de numerario celtibérico del S.I a.C., dos monedas romanas de cronología altoimperial. Se trata de un as de *Nemausus* que tiene un marco cronológico de acuñación amplio, entre el 27 a.C. y el 12 a.C. (Peralta Labrador, 2001a) y un as de *Caesaragusta* de cronología posterior al 20 a.C. La datación de las primeras acuñaciones de *Caesaragusta* ha sido objeto de un debate aún sin resolver estrechamente relacionado con el de la fecha de fundación de la ciudad. Las fechas manejadas habitualmente para la fundación de *Caesaragusta* y para las primeras emisiones monetales son 19 a.C., en relación con el fin de las campañas de Agripa en *Cantabria* y 15-14 a.C., momento en el que Augusto realiza un intensa labor fundacional y de reorganización territorial (Arce, 1979). Ambas fechas concuerdan con los datos arqueológicos disponibles, que sitúan la fundación de la ciudad en algún momento a partir del 20 a.C. (Beltrán Lloris, 1983), y no a partir del 12 a.C. como se pensaba hace unas décadas. La fecha más lejana, en torno al 24-23 a.C., propuesta por Beltrán (1956), es puesta en duda por los investigadores actuales. Las fechas *post quem* ofrecidas por las monedas permiten poner en relación este campamento con las campañas de 26 y 25 a.C., pero también permitirían hablar de una reutilización posterior en otras campañas. No obstante, la problemática de adscripción cronológica de la fundación de *Caesaragusta* y del inicio de sus acuñaciones deja en suspenso esta última posibilidad.

En el yacimiento de La Muela el primer hallazgo numismático, un singular as acuñado en *Nemausus*, de los momentos más antiguos de una serie datada entre 28-27 a.C. y 9 a.C. (Peralta Labrador, 2001b) permitía poner en relación el yacimiento con las primeras campañas de la Guerra Cantábrica. No obstante, los recientes hallazgos, entre los que destaca un quinario de Carisio de *Augusta Emerita* (*ibidem*), emitido, por tanto, con posterioridad al 25

¹⁴ Las dataciones radiocarbónicas aquí recogidas han sido calibradas mediante el programa *Calib 4.3* (basado en Stuiver y Reimer, 1993), empleando las curvas de calibración INTCAL98 (Stuiver et alii, 1998). Los intervalos y las intersecciones corresponden al doble de la desviación típica (2σ).

¹⁵ Los materiales numismáticos procedentes de las intervenciones desarrolladas desde 1997 hasta 1999 en los yacimientos de la Espina del Gallego y del Campo de las Cercas han sido estudiados y clasificados por uno de nosotros (E.G.C.) en un reciente artículo (Peralta Labrador, 2001a). Los materiales procedentes de las intervenciones realizadas en 1999, 2000 y 2001 en La Muela aún permanecen inéditos.

a.C., obligarían a situar cronológicamente este yacimiento en algún momento de las campañas de 22 a.C. ó 19 a.C.

La cuestión de establecer una cronología correcta a cada uno de los yacimientos, así como determinar si han sido objeto de una ocupación puntual correspondiente a un único momento o de ocupaciones sucesivas o prolongadas en el tiempo es un problema sobre el que aún es necesaria la prudencia, en la mayoría de los casos, a la espera de nuevos resultados de la investigación.

La proliferación de hallazgos arqueológicos relacionables con la Guerra Cantábrica de Augusto en los últimos años ha supuesto un giro copernicano en el estado de nuestros conocimientos al respecto, conocimientos que, por otra parte y como ha quedado constatado a lo largo de este trabajo, no pasaban de ser meras reconstrucciones teóricas y cargadas de prejuicios apriorísticos realizadas a partir de unos testimonios escritos de valor limitado y en las que la investigación arqueológica era sistemática y absurdamente ignorada. Hoy, aunque algunos investigadores siguen aferrándose a las socorridas teorías clásicas, la evidencia arqueológica es de tal magnitud que no puede ser obviada sin que se corra el grave riesgo de caer en la más zafia manipulación de la historia, máxime cuando algunos de los yacimientos aquí reseñados se encuentran gravemente amenazados por canteras y parques eólicos, por lo que su reconocimiento y protección son obligados¹⁶. Y, sin duda, sólo estamos asistiendo a los primeros pasos de una nueva vía de investigación que, de seguir adelante, ofrecerá en breve nuevos y sorprendentes resultados que sirvan para, de una vez, afrontar la reconstrucción de la irrupción romana en el territorio de los antiguos Cántabros de una forma científica y desapasionada. Sería redundante insistir en las ventajas de la investigación arqueológica sobre la eminentemente filológica, pero es necesario abundar brevemente en este aspecto, ya que, mientras la segunda nos ha proporcionado, en los últimos 80 años, unas localizaciones irreales, o, cuando menos, altamente especulativas, de los acontecimientos, la primera ha localizado en el terreno algunos de los campos de operaciones de la guerra. La diferencia cualitativa salta a la vista de todo aquél que quiera verla, al margen de absurdas rencillas personales e intereses poco o nada científicos que, lejos de contribuir a revitalizar la investigación, únicamente la conducen a una espiral de descalificaciones que parece pretender la perpetuación de su estancamiento.

Por primera vez contamos con un conjunto de localizaciones claras de algunos de los escenarios de la guerra; que se trate de los recogidos en los textos clásicos o de otros de los que no nos han llegado menciones es algo que sólo la continuidad de los proyectos en marcha y un profundo trabajo de interpretación histórica que conjugue los datos aportados por la arqueología con los transmitidos por las fuentes escritas podrán dilucidar. De momento, en el estado actual de las investigaciones, consideramos que toda hipótesis de trabajo que cuente con cierto respaldo arqueológico es, en principio, perfectamente válida.

A partir de los descubrimientos proporcionados por la investigación arqueológica se ha elaborado únicamente una hipótesis que pone en relación restos materiales y fuentes escritas de una manera estrecha: la identificación del asedio de la Espina del Gallego con la toma de *Aracelium* relatada por Floro (II, 33, 50) y Orosio (VI, 21, 5-6) (Peralta Labrador, 1997 y 1999b). El asedio estaría formado por los yacimientos ya mencionados de Cildá, El Cantón y la Espina del Gallego, un gran campamento romano de campaña y un *castellum* ubicados a 2,5 kilómetros de distancia en las vías naturales de acceso desde el Sur a un castro que cierra el paso de la cordillera hacia el Norte. Refuerzan la hipótesis del asedio el hallazgo de dos puntas de *pila catapultaria* en el recinto castreño y el hecho de que las defensas del campamento de Cildá sean de mayor envergadura, con *fossa* doble, en la zona del perímetro defensivo más cercano al castro. También formarían parte de esta operación los grandes fosos localizados en Cotero del Medio, controlando la vía de aprovisionamiento desde el Sur y el posible *castellum* de Cotero Marajo; este escenario quedaría ampliado hacia el Norte si aceptamos la contemporaneidad con estos acontecimientos del campamento del Campo de las Cercas. Los argumentos para identificar el asedio de la Espina del Gallego con el avance hacia la costa de Antistio en el 25 a.C. y, concretamente, con la toma del *oppidum* de *Aracelium* han sido (*ibidem*): la imposibilidad de localizar un escenario de bélico de época romana en Aradillos, lugar en el que tradicionalmente se ha ubicado este *oppidum* mencionado por las fuentes; que la toma de *Aracelium* permitió, según Orosio, el acceso a la vertiente septentrional de la cordillera; la relación establecida entre el asedio de *Aracelium* y la llegada de los refuerzos venidos desde *Aquitania* por vía marítima, que desembarcarían en la actual bahía de Santander; y, la dificultad de relacionar este escenario con otros lugares y acontecimientos mencionados por los autores clásicos, como *Bergida*, ubicada seguramente más al Sur, el *mons Vindius*, no lejos de *Bergida*, o el *mons Medullius*, ya que este lugar es tomado en el 22 a.C. y no en la campaña de Antistio y en los lugares descubiertos, además, no hay evidencias del gran foso. Esta hipótesis, que en opinión de algunos investigadores “no ofrece más garantías que las otras” (Teja, 1999: 139), nos parece verosímil y está apoyada en unos argumentos válidos, aunque algunos de ellos son matizables.

¹⁶ Recientemente se ha publicado en el Boletín Oficial de Cantabria la resolución dictada por el Consejero de Cultura y Deporte de Cantabria el 27 de abril de 2001 que recoge el acuerdo de incoación de expediente de Bien de Interés Cultural con la categoría de Zona Arqueológica a favor del “Conjunto arqueológico formado por los yacimientos de La Espina del Gallego, Cildá, El Cantón y Campo de las Cercas” (BOC, 98, 23/5/01). La declaración de estos yacimientos como Bienes de Interés Cultural había sido solicitada por el Grupo Arqueológico ATTICA en 1999.

La coincidencia entre el desembarco de la mal llamada *classis aquitanica* y el asedio de *Aracelium* es un tópico de la historiografía contemporánea (*vid.* Peralta Labrador, 1999b) que deriva de una interpretación apresurada de los textos clásicos que ya ha sido tratada en estas páginas. Sí parece existir una relación causa-efecto entre la toma de *Aracelium* y el paso de la cordillera, pero de existir una relación de este tipo entre el desembarco de refuerzos y la toma de un *oppidum* cántabro, ésta sería con *Bergida*. Otro argumento matizable es el de la ubicación cronológica del episodio del *mons Medullius*. Si bien es cierto que hay una tendencia actual que considera que este acontecimiento tuvo lugar en el 22 a.C. (Rodríguez Colmenero, 1977; Martino, 1982; González Echegaray, 1997; Peralta Labrador, 2000a), sólo las similitudes con algún pasaje de Dión Casio (LIV, 5, 1) autorizan a desvincular este acontecimiento del relato del *Bellum Cantabricum* realizado por Floro y Orosio.

Lo cierto es que, al margen de detalles puntuales, la Arqueología comienza a mostrarnos una geografía de la guerra sustancialmente distinta a la propuesta por las teorías clásicas, en la que parecen quedar en tela de juicio, al menos de momento, algunas localizaciones tenidas por ciertas e inamovibles durante décadas.

7. CONCLUSIONES

La proliferación de investigaciones arqueológicas sobre la Guerra Cantábrica permite vislumbrar nuevos horizontes en la construcción historiográfica sobre un acontecimiento fundamental en la Historia de Cantabria. Las geografías ficticias trazadas a partir de una reconstrucción de los acontecimientos plagada de apriorismos, incorrecciones y distorsiones intencionadas deja paso a una nueva imagen en la que sólo los escenarios reales de los hechos narrados por las fuentes o de otros que quizá se nos ocultan permiten trazar un mapa que ayude a comprender cómo se desarrolló la conquista de *Cantabria* por el ejército romano.

Es evidente, después de varias décadas de producción historiográfica al respecto, que las aproximaciones con base exclusivamente textual no sirven para explicar de forma mínimamente fiable y rigurosa el proceso de conquista del territorio de los cántabros por Roma. Es evidente, también, que, llegados a este punto, la investigación arqueológica se impone como único medio capaz de proporcionarnos respuestas fiables a los muchos interrogantes que aún quedan pendientes al respecto. Y es que, por más que nos esforcemos en darle vueltas y vueltas a unos escasos y lacónicos párrafos, la plasmación de lo narrado en el terreno y su veracidad sólo pueden comprobarse en el mismo terreno, donde sí que existen huellas fiables de la conquista de valor equiparable o superior al de los testimonios de Floro, Dión Casio u Orosio. Es una opinión compartida por casi todos los autores que de una u otra forma han tocado el tema la escasez de información textual al respecto. Los testimonios

escritos que han llegado hasta nosotros distan mucho de equipararse a lo que puede ser la obra de César para la conquista de las Galias, por señalar un ejemplo significativo. Ante esta situación sólo caben dos posturas: o sentarse a esperar la aparición de los libros perdidos de Tito Livio, entre los cuales figura aquél en el que, sin duda, narraba las campañas de Augusto y sus generales en el norte de *Hispania*, o salir a buscar al campo lo que no nos cuentan las fuentes, o, en su caso, a comprobar la veracidad de lo que relatan.

El panorama que la investigación arqueológica ha abierto a nuestros ojos parece mostrarnos al menos una de las vías de penetración militar romana en el territorio de la antigua *Cantabria*. Se trata del cordal montañoso que separa los valles del Besaya y del Pas desde el valle del Ebro y de las estribaciones más orientales del macizo del Dobra, en las que se encuentran tres grandes campamentos romanos: El Cincho, Cildá y Campo de las Cercas, uno de menor tamaño, El Cantón, un castro indígena asaltado y ocupado, la Espina del Gallego, un posible *castellum*, el de Cotero de Marrojo y unos grandes atrincheramientos en Cotero del Medio, yacimientos a los que habría que sumar, de verificarse su carácter campamental romano, el recinto de Jarramaya. De todos estos yacimientos, al menos tres participan de forma directa en un asedio: el castro de la Espina del Gallego y los campamentos romanos de Cildá y el Cantón; el campamento del Campo de las Cercas podría también estar en relación, directa o indirecta, con ese episodio bélico, dada su proximidad, así como las estructuras de Cotero de Marrojo y Cotero del Medio.

El resto de yacimientos localizados aparecen más dispersos, aunque esta puede ser una visión engañosa que sólo se deba al estado inicial de la investigación y a la ausencia de prospecciones sistemáticas en otras zonas. Así, en una península acantilada de gran valor estratégico sobre los cañones del Dulla se alza el pequeño campamento de La Muela, que viene a confirmar la importancia del alto valle del Ebro como vía de penetración en *Cantabria* del ejército de la Tarracense. El otro gran campamento del que se tienen evidencias arqueológicas, el de Castillejo, parece estar en relación con el importante castro de Monte Bernorio, del que está muy próximo. Podríamos encontrarnos ante los vestigios de otro asedio, pero eso es algo que únicamente podrán aclarar las investigaciones que se están desarrollando en la actualidad. Además, de confirmarse el carácter campamental de época augústea de los recintos fortificados de Santa Marina-monte Ornedo y Peña Cutral, podría incluso sostenerse la existencia de una nueva vía de penetración militar romana en el interior de la antigua *Cantabria*, vía que resultaría, en parte, coincidente con el trazado de la posterior calzada romana que uniría *Pisoraca* con la costa cantábrica. De nuevo, únicamente unas investigaciones arqueológicas, que en este caso no nos consta estén en marcha, podrían aclarar esta cuestión.

La construcción de los diferentes discursos historiográficos ha estado marcada en buena medida por la ubicación espacial del historiador y por el destinatario de sus historia. De este modo, se aprecian fluctuaciones notables en la reconstrucción de los acontecimientos y escenarios de la Guerra Cantábrica dependiendo si el texto ha sido desde y para los actuales Cantabria, Asturias o Galicia, llegando en algunos casos a extremos en los que componentes ideológicos como el nacionalismo están más que implícitos, como es el caso gallego. En no pocas ocasiones la reconstrucción histórica poco tiene que ver con lo que dicen las fuentes y demasiado con la imaginación del historiador -suponiendo que todos los investigadores que han escrito sobre el tema puedan recibir tal calificativo- o, lo que es peor, si cabe, con su conveniencia. La implicación de la ideología y del destinatario del discurso en la literatura científica sobre la conquista de *Cantabria* y *Asturia* por los romanos es un tema que, seguramente, interesará a la investigación historiográfica en los próximos años. Sin profundizar demasiado en la cuestión, que debería ser objeto de un estudio individual, no podemos dejar de lado el hecho de que los discursos historiográficos construidos sobre estos acontecimientos ya desde la Edad Moderna -véase el claro ejemplo del vasco-cantabrismo- han estado marcados por cuestiones ideológicas de carácter nacionalista o regionalista, de construcción de identidades en su conjunto. No debe sorprender, por tanto, que la ideología marque de un modo más o menos claro la historiografía contemporánea que, no por pretendidamente científica, ha de ser tenida por inocente. Cabe suponer que en los discursos históricos recientes esté consciente o inconscientemente plasmada una ideología que se incline por determinados nacionalismos o pretenda controlar la posible emergencia de otros no deseados. Sólo suponiendo una voluntad exagerada de pervivencia de un *status quo* en el discurso historiográfico, de motivación ignota, podemos entender la consolidación y el pretendido inmovilismo que se ha producido en torno al discurso establecido por Syme a mediados de la década de los treinta.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a M. García Alonso la información, aún inédita, facilitada sobre el campamento romano de El Cincho. Asimismo, agradecemos a E. Peralta Labrador los datos que nos ha proporcionado sobre los diferentes yacimientos de Cantabria, Burgos y Palencia en los que actualmente investiga, así como el acceso a sus trabajos aún inéditos, y los comentarios y correcciones realizados sobre este texto.

FUENTES

- DIÓN CASIO: *Historia Romana*.
LUCIO ANNEO FLORO: *Epitomae de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC*.
PAULO OROSIO: *Historiarum adversum paganos*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGACHE, R. (1970): *Détection aérienne de vestiges proto-historiques, gallo-romains et médiévaux dans le bassin de la Somme et ses abords*, Musée d'Amiens, Amiens.
- ALEGRE MANCHA, P. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1994): "Dos tesorillos de denarios ibéricos del Castro de Chano, provincia de León", *VII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, pp.189-210.
- ARCE, J. (1979): *Caesaragusta, ciudad romana*, Guara, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1983): *Los orígenes de Zaragoza y la época de Augusto. Estado actual de los conocimientos*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (1956): "Las monedas antiguas de Zaragoza", *Numisma*, 20, Madrid, pp.9-40.
- BOHIGAS, R. (1982): *Restos arqueológicos altomedievales en Cantabria*, Valladolid.
- CANAL SÁNCHEZ-PAGÍN, J.M. (1985): "Sobre la guerra de Cantabria. Un discutido texto de Floro sobre la guerra de Cantabria: *Aracillum-Mons Medullus*", *Archivos Leoneses*, 77, León, pp.7-28.
- CASTANEDO HERRERÍA, T.; CISNEROS CUNCHILLOS, M.; DíEZ CASTILLO, A.; GONZÁLEZ MORALES, M.R. y LÓPEZ NORIEGA, P. (1999): "Los valles occidentales de Cantabria: el poblamiento de montaña durante la II Edad del Hierro y época romana", en IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. eds., *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander, pp.143-147.
- CHEVALLIER, R. (2000): *Lecture du temps dans l'Espace. Topographie archéologique et historique*, Picard, París.
- CISNEROS CUNCHILLOS, M. y DíEZ CASTILLO, A. (2000): "Hábitat y cultura material cántabrorromana en los valles del Deva y del Nansa", *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.221-225.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, F.; GÓMEZ VILLEGAS, N.; JIMÉNEZ LOSA, M.; JUANA REMOLINA, M.T. de y PEÑA FERNÁNDEZ, A. (1999): "Protohistoria e Historia Antigua", en SOLÓRZANO TELECHEA, J.A.; VÁZQUEZ ÁLVAREZ, R. y BLANCO CAMPOS, E. eds., *Atlas Histórico de Cantabria*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.39-60.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MORILLO CERDÁN, A. (1999): *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias*, Trea, Gijón.
- FLÓREZ, H. (1768): *La Cantabria. Disertación sobre el sitio, y extensión que tuvo en tiempos de los romanos la región de los cántabros, con noticia de las Regiones confinantes, y de varias Poblaciones antiguas*, Madrid. (Edición facsímil)

- FRAILE GÓMEZ, M.A. (1990): *Historia Social y Económica de Cantabria hasta el S.X*, A. Fraile, Reinosa-Santander.
- GARCÍA ALONSO, M. (en prensa): "El campamento romano de El Cincho (La Población de Yuso). Un nuevo yacimiento de las Guerras Cántabras", *Sautuola*, 8, Santander.
- GARCÍA MERINO, C. (1996): "Un nuevo campamento romano en la cuenca del Duero: el recinto campamental de Uxama (Soria)", *Archivo Español de Arqueología*, 69, Madrid, pp.269-273.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. (1996): "La moneda y los campamentos militares", en FERNÁNDEZ OCHOA, C. coord., *Los finisterres atlánticos en la antigüedad. Época romana y prerromana*, Electa-Ayuntamiento de Gijón, Gijón.
- GONZÁLEZ DE RIANCHO, J. (1988): *La vía romana del Puerto del Escudo*, Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria, Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1997): *Los Cántabros*, Estvdio, Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1999): "Las Guerras Cántabras en las fuentes", *Las Guerras Cántabras. Actas del I Simposio sobre Guerras Cántabras, ejército romano y resistencia indígena*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.147-169.
- GRENIER, A. (1931): *Manuel d'Archéologie Gallo-Romaine. Generalités-Travaux militaires*, Picard, París.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E. (2000): "Ciclo de de conferencias *La Edad del Hierro en Cantabria*. Santander, Marzo-Abril de 2000", *Nivel Cero*, 8, Santander, pp.123-125.
- HORRENT, J. (1953): "Notas sobre el desarrollo de la guerra cántabra del año 26 a.C.", *Emerita*, XXI, Madrid, pp.279-290.
- IGLESIAS GIL, J.M. (1976): *Epigrafía cántabra*, Institución Cultural Cantabria, Santander.
- IGLESIAS GIL, J.M. (1991): "Cántabros" en SOLANA SÁINZ, J.M. ed., *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana*, Universidad de Valladolid, Valladolid, pp.4-57.
- IGLESIAS GIL, J.M. (1995): "La Historia Antigua de Cantabria en la Historiografía", en SUÁREZ CORTINA, M. ed., *Historia de Cantabria. Un siglo de Historiografía y Bibliografía 1990-1994*, I, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.179-203.
- IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. (1992): *Las comunicaciones en la Cantabria Romana*, Ed. Estvdio, Santander.
- IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. (1994-95): "Prospecciones y excavaciones arqueológicas en el collado de Peña Cutral (Enmedio, Cantabria)", *Memorias de Historia Antigua, XV-XVI*, Oviedo, pp.327-342.
- IGLESIAS GIL, J.M. y PÉREZ SÁNCHEZ, J.L. (1999): "Dos décadas de arqueología en Iulobriga (1980-1999)", *Sautuola*, VI, Santander, pp.395-410.
- IGLESIAS GIL, J.M.; MAÑANES BEDÍA, B. y MUÑIZ CASTRO, J.A. (1989): "El trazado de las vías de comunicación desde Antigüedad en las Asturias de Santillana", *Ilustraciones Cántabras. Estudios Históricos en Homenaje a Patricio Guerin Betts*, Santander, pp.1-19.
- JAL, P. (1967): *Oeuvres. Florus*, Les Belles Letres, París.
- MARTINO, E. (1982): *Roma contra Cántabros y Astures. Nueva lectura de las fuentes*, Sal Terrae, Santander.
- MATHERAT, M.G. (1943): "La technique des retrenchements de César. D'après l'enseignement des fouilles de Nointel", *Gallia*, 1-1, París, pp.81-126.
- MORILLO CERDÁN, A. (1991): "Fortificaciones campamentales de época romana en España", *Archivo Español de Arqueología*, 64, Madrid, pp.135-190.
- OLAETXEA ELÓSEGI, C. (1991): "Prospección arqueológica orientada a la localización de poblados de la Edad del Hierro en Gipuzkoa, campañas de 1987-88, 1988-89 y 1989-90", *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 4, San Sebastián, pp.197-218.
- ONTAÑÓN PEREDO, R. (2000): "Panorama de la investigación arqueológica en Cantabria desde 1984 hasta la actualidad", *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.7-14.
- OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1995): *Del "marco geográfico" a la Arqueología del Paisaje. La aportación de la fotografía aérea*, CSIC, Madrid.
- PERALTA LABRADOR, E. (1997): "Arqueología de las Guerras Cántabras. Un campo de batalla en las sierras de Iguña y Toranzo", *Revista de Arqueología*, 198, Madrid, pp.14-23.
- PERALTA LABRADOR, E. (1998): "Espina del Gallego, último baluarte de los cántabros", *Revista de Arqueología*, 212, Madrid, pp.40-47.
- PERALTA LABRADOR, E. (1999a): "Los castros cántabros y los campamentos romanos de Toranzo e Iguña. Prospecciones y sondeos (1996-1997)", *Las Guerras Cántabras. Actas del I Simposio sobre Guerras Cántabras, ejército romano y resistencia indígena*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.203-276.
- PERALTA LABRADOR, E. (1999b): "El asedio romano del castro de la Espina del Gallego (Cantabria) y el problema de *Aracelium*", *Complutum*, 10, Madrid, pp.195-212.
- PERALTA LABRADOR, E. (2000a): *Los cántabros antes de Roma*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- PERALTA LABRADOR, E. (2000b): "El asedio augústeo de la Espina del Gallego. Campañas arqueológicas de 1997 a 1999", *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.363-367.
- PERALTA LABRADOR, E. (2001a): "Die augusteische belagerung von La Espina del Gallego (Kantabrien, Spanien)", *Germania*, 79, Mainz am Rhein, pp.21-41.
- PERALTA LABRADOR, E. (2001b): "Los castra aestiva del Bellum Cantabricum: novedades arqueológicas", *II Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, pp.173-182.
- PERALTA LABRADOR, E. (en prensa): "Castros y campamentos de las Guerras Cántabras", *Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia.
- PERALTA LABRADOR, E. y OCEJO HERRERO, A. (1996): "El poblamiento de la Edad del Hierro en el sector central cántabro", *La Arqueología de los Cántabros. Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.21-63.
- PERALTA LABRADOR, E.; FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, F. y AYLLÓN MARTÍNEZ, R. (2000): "Castros prerromanos y campamentos romanos de Igu-

- ña, Cieza y Toranzo. Prospecciones de 1996”, *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.289-292.
- RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (1999a): “Planteamientos metodológicos para un correcto uso de la onomástica antigua: el paradigma de las Guerras Cántabras”, en VILLAR, F. y BELTRÁN, F. eds., *VII Congreso de lenguas y culturas paleohispánicas*, Institución “Fernando el Católico”-Universidad de Salamanca, Salamanca, pp.571-579.
- RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (1999b): “La toponimia de la guerra. Utilización y utilidad”, *Las Guerras Cántabras. Actas del I Simposio sobre Guerras Cántabras, ejército romano y resistencia indígena*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.173-199.
- REIGADAS, D. (1995): “Los recintos fortificados del monte Dobra (Cantabria)”. *Trabajos de Arqueología en Cantabria III*, Santander, pp.25-49.
- RÍOS Y RÍOS, A. de los (1889): “Campamentos romanos de Iuliobriga”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XIV, Madrid, pp.509-514.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A., (1977): *Galicía meridional romana*, Deusto, Bilbao.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1972-73): “Las tablas de Barro de Astorga, ¿una falsificación moderna?”, *Zephyrus*, XXIII-XXIV, Salamanca, pp.221-233.
- RUIZ ZAPATERO, G. y BURILLO MOZOTA, F. (1988): “Metodología para la investigación en arqueología territorial”, *Munibe-Suplemento*, 6, San Sebastián, 45-64.
- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J. (1986): “El campamento romano de Valdemedina, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el NW peninsular”, *Numantia*, II, Valladolid, pp.227-234.
- SCHULTEN, A. (1942): “Castros prerromanos de la región cantábrica”, *Archivo Español de Arqueología*, XV, Madrid, 1-16.
- SCHULTEN, A. (1962): *Los cántabros y astures y su guerra contra Roma*, Espasa-Calpe, Madrid.
- SENDINO, B.E. (1989): “Un topónimo Medulio en el siglo XII”, *Gerión*, 7, Madrid, pp.291-296.
- SERNA, A.; VALLE, A.; PERALTA, E. y FERNÁNDEZ, V. (2001): “Los Castros en Cantabria”, <http://grupos.unican.es/acanto/castros.htm>, Santander.
(Edición en HTML)
- SOLANA SÁINZ, J. M. (1981): *Los cántabros y la ciudad de Iuliobriga*, Estvdio, Santander
- STUIVER, M. y REIMER, P.J. (1993): “Extended 14C data base and revised CALIB 3.0 14C Age Calibration Program”, *Radiocarbon*, 35, Tucson, 215-230.
- STUIVER, M.; REIMER, P.J.; BARD, E.; BECK, J.W.; BURR, G.S.; HUGHEN, K.A.; KROMER, B. MCCORMAC, G.; VAN DER PLICHT, J. y SPURK, M. (1998): “INTCAL98 Radiocarbon Age Calibration, 24,000-0 cal BP”, *Radiocarbon*, 40, Tucson, pp.1041-1083.
- SYME, R. (1976-77): “La Guerra de Augusto en Hispania (26-25 antes de Cristo)”, *Sautuola*, II, Santander, pp.302-321.
- TEJA, R. (1999): “Las Guerras Cántabras”, en MUÑIZ CASTRO, J.A. e IGLESIAS GIL, J.M. coords., *Cántabros. La génesis de un pueblo*, Caja Cantabria-Gobierno de Cantabria, Santander, pp.127-155.
- TORRES RODRÍGUEZ, C. (1980): “La tragedia del Monte Medulio y su ubicación”, *Gallaecia*, 6, Santiago de Compostela, pp.111-120.
- VALLE GÓMEZ, A. (2000): “El poblamiento prehistórico en el arco sur de la bahía de Santander. El Castro de Castilnegro”, *Actuaciones arqueológicas en Cantabria, 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, Santander, pp.357-358.
- VAN DEN EYNDE CERUTI, E. (1985): “Las guerras cántabras”, en GARCÍA GUINEA, M.A. dir., *Historia de Cantabria. Prehistoria. Edades Antigua y Media*, Ed. Estvdio, Santander, pp.211-238.
- VV.AA. (1981): *Cántabros, astures y galaicos. Bimilenario de la conquista del Norte de España*, Ministerio de Cultura, Madrid.

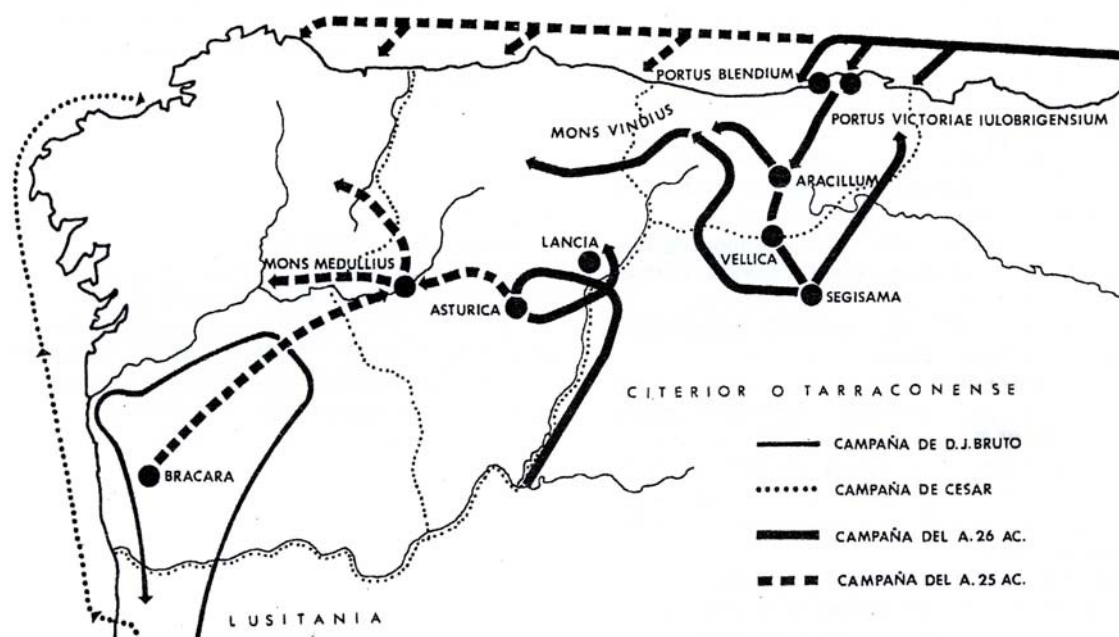


Fig. 1. Mapa de las campañas correspondientes a la Guerra Cantábrica e incursiones anteriores del ejército romano en el Norte de la Península Ibérica. Ha sido utilizado en Cántabros, satures y galaicos (1981), Cántabros. La génesis de un pueblo (1999) y el Atlas Histórico de Cantabria (1999) sin ninguna modificación (según VV.AA., 1981).

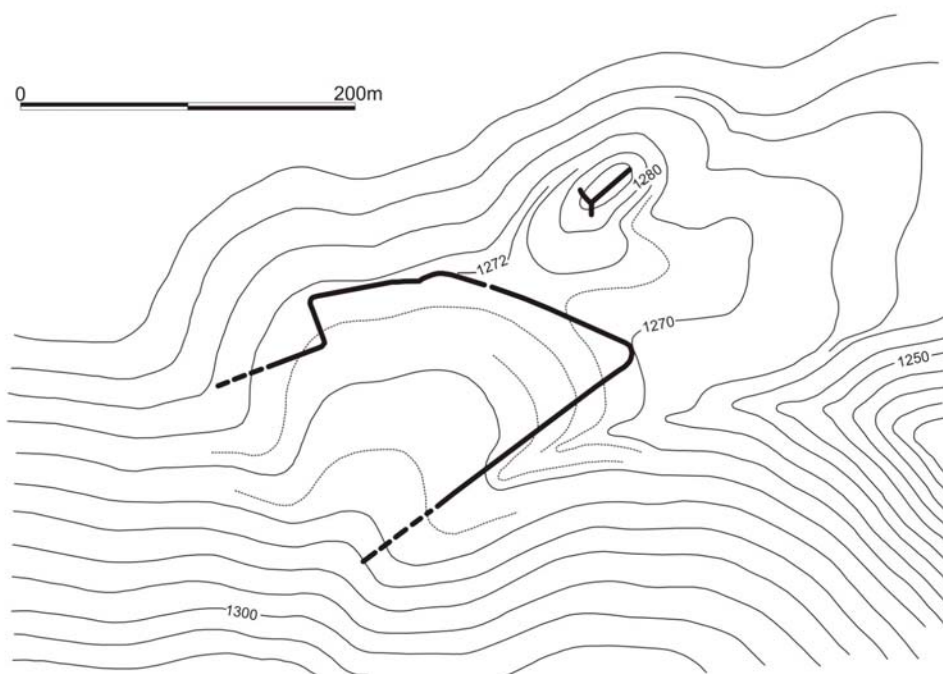


Fig. 2. Plano del "castro" de Aradillos realizado por el General Lammerer durante las exploraciones de Schulten en 1933 (según Schulten, 1942).

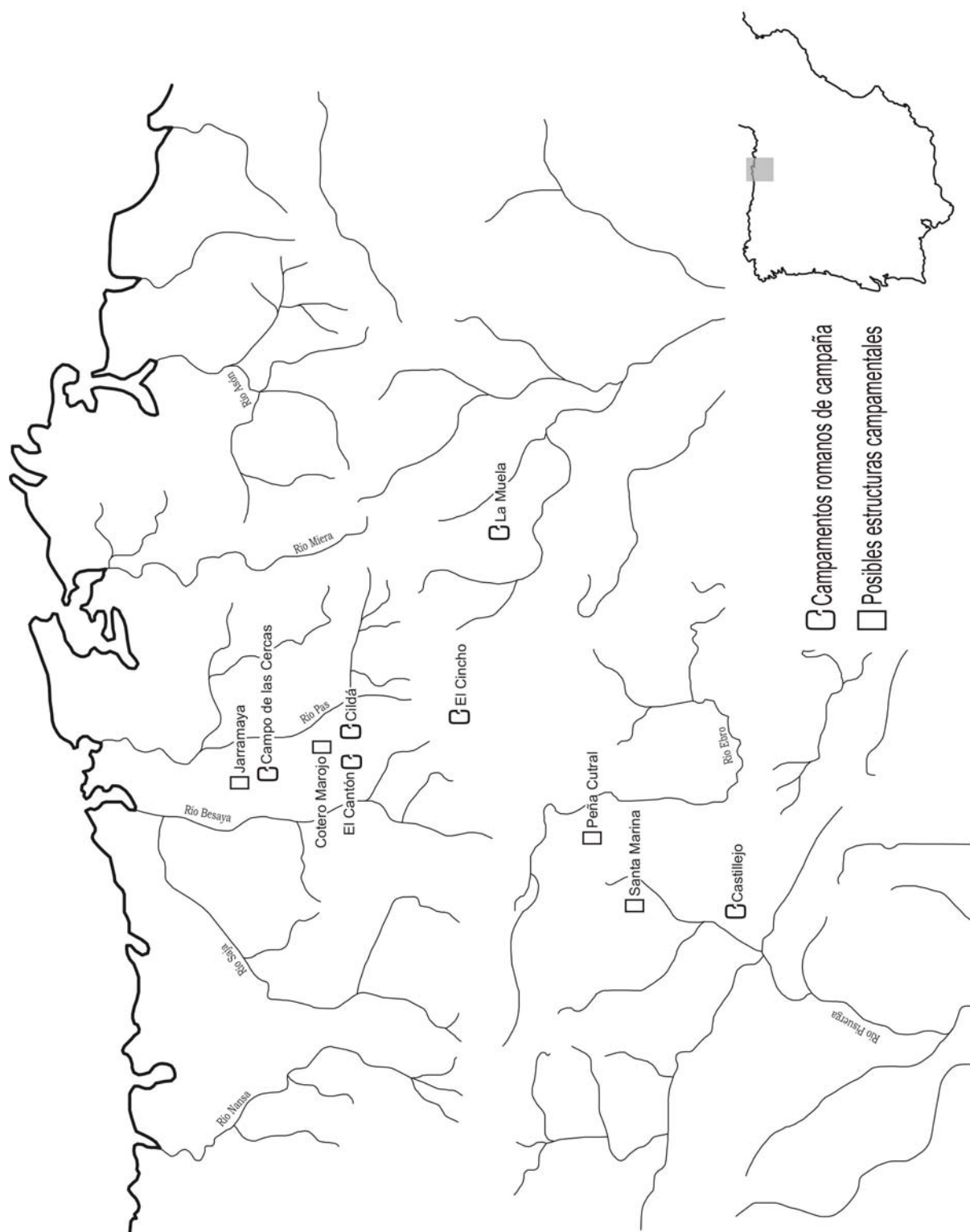


Fig. 3. Mapa con la distribución de los campamentos romanos reconocidos hasta la actualidad en Cantabria y otras posibles estructuras campamentales.

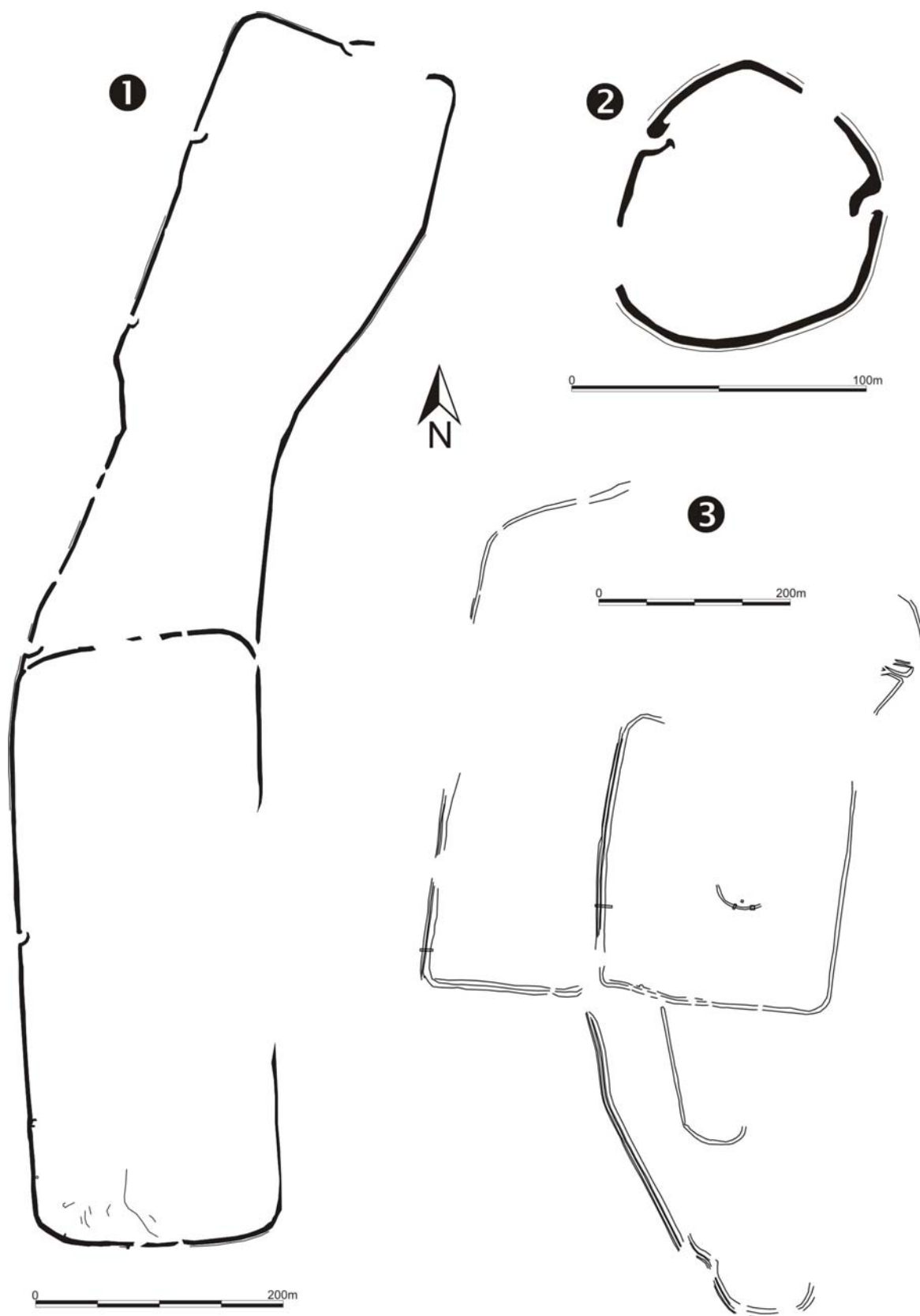


Fig. 4. Campamentos romanos de campaña en Cantabria: 1. Campo de las Cercas; 2. El Cantón; 3. Cildá. Topografías de E. Peralta Labrador y CETYMA.